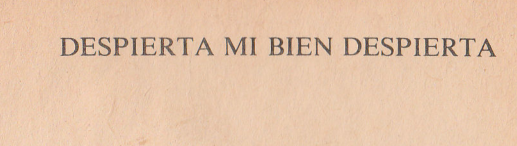
Claribel Alegría

DESPIERTA MI BIEN DESPIERTA





DESPIERTA MI BIEN DESPIERTA

Colección Gavidia
Volumen 22

DESPIERTA MI BIEN DESPIERTA

Claribel Alegría



Colección Gavidia
Despierta mi bien despierta
Volumen 22

Primera Edición
UCA EDITORES
San Salvador, El Salvador
Centroamérica, 1986

1986 UCA EDITORES
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas,
Autopista Sur, Jardines de Guadalupe, Apartado Postal (06) 668
San Salvador, El Salvador, C.A.

A la memoria de Italo López Vallecillos

Qué lata, me olvidé de comprar tinta verde, abriste el cuaderno de tapas también verdes que habías elegido para escribir el primer borrador de esa novela que te estaba royendo por dentro. Bueno, seguiré con azul, no más pretextos para dejar de escribir.

Tiene razón don Tino, empezaste a hojear lo escrito, muy peligroso usar la primera persona. Probaré con la tercera. Adelante, Lorena.

—Perdone la confianza —dijo Alberto mientras esperaba en el café "La Cumparsita"—, pero usted cada día se pone más linda.

—Trátame de tú —dijo Estela—, eso de usted me hace sentir más vieja.

—Entonces déjame que te vosee —se echó a reír él dejando al descubierto una hilera de dientes grandes y fuertes—, sólo los burgueses se tutean en este país.

—Como querrás —dijo Estela.

El mozo se acercó con una cerveza y un té con limón. Puso la cerveza frente a Alberto y el té frente a Estela.

—Al revés —dijo Alberto.

El mozo se le quedó mirando con asombro.

—Una bendita úlcera que no me deja en paz —se disculpó.

—¿Desde cuándo la tienes? —preguntó Estela.

—Desde hace más de un año, pero la tablita mágica ya

me anunció que dentro de tres años van a descubrir una medicina que me la va a curar.

Ambos se echaron a reír y Alberto cubrió la mano de ella con la suya.

Estela sintió un pequeño vacío en el estómago. Le pasaba siempre que se sabía al borde de dar un salto inesperado.

Dejaste de escribir, te diste leves golpes en los dientes con el bolígrafo y te quedaste un rato pensativo mirando al vacío.

El teléfono sonó. Te levantaste con desgano a contestarlo.

—Aló, ¿qué tal? ¿Cómo te va?

———

—No, hoy no puedo. Dentro de media hora me toca el taller y esta noche tenemos invitados.

———

—¿Por qué no te vienes a almorzar mañana conmigo? Procura venir temprano para que podamos platicar rico.

———

—Adiós mamá, un beso.

Colgaste el auricular y bajaste con pasos rápidos a la cocina:

—Mercedes, me había olvidado, esta noche vienen cuatro amigos a cenar. Saque del freezer un buen lomo de aguja y lo hace con la salsa de champiñones que le enseñé. De entrada podríamos tener aguacate con camarones. Creo que todavía quedan de los camarones que vinieron de la hacienda, ¿verdad? Haga una buena salsa y esas papas ricas rellenas con queso. De postre no sé. Decídalo usted. Voy a volver a eso de las cinco y media. Yo me ocuparé de los vinos. Le diré a la Francisca que le ayude con las boquitas.

Volviste a tu escritorio mirando tu reloj pulsera. Qué barbaridad, van a ser las tres. Cerraste el cuaderno, lo metiste en la gaveta y te apresuraste a cambiarte de vestido.

Es una delicia manejar este carrito, pensaste mientras zigzagueabas hipnotizada por las calles de la Colonia Escalón con sus casas amuralladas. Como estar bailando un tango con el mismísimo Gardel. Sin duda el mejor regalo que me ha hecho Ernesto. Lo malo es que siempre me dan ganas de correr. Ojalá que Eduardo desafíe otra vez al profesor. Me pasé la luz roja. Tres multas en menos de un mes. Si se da cuenta Ernesto capaz que me quita el auto.

Disminuiste la velocidad, encendiste un cigarrillo y procuraste concentrarte. Es realmente brillante Eduardo. Y tan original. Baudelaire y Poe. ¿A quién si no a él se le hubiera ocurrido? Baudelaire el *doppelganger* de Edgard Allan Poe.Qué cara de susto la del pobre don Tino, sonreíste. Esta misma semana iré a la librería de don Kurt. Hace años que no lo hago. Poe y Baudelaire comunicándose telepáticamente a través del tiempo. ¿Por qué no? Cuidado, Lorena, echaste las ceniza en el cenicero, no te vayas a pasar de nuevo la luz roja. La telepatía es común entre los grandes poetas.

—Ando de suerte hoy. Un espacio libre.

Eduardo no te vio entrar. Leía con mucha atención una revista que Margarita, la muchacha pálida de lentes y piernas flaquitas le acababa de entregar. En realidad se concentraba en una nota suelta que decía: "Dentro de dos semanas precisamos local."

Te sentaste sin hacer ruido junto a la ventana mientras él hacía una bolita de la nota y la depositaba en el bolsillo de su camisa. Tras breves instantes cerró la revista y clavó los ojos en el vacío. Con aire preocupado empezó a acariciarse la perilla negra y punteaguda.

Tú no le desprendías los ojos. De pronto él te vio y se le ensanchó el rostro.

—Espero que estás pensando en lo que vas a decirle al profesor —dijiste.

El se echó a reír. Tenía una risa contagiosa que te encantaba.

Don Tino llegó con un poquito de retraso y anunció que esta vez les hablaría sobre el punto de ataque en la novela y

que la semana entrante tendrían un debate.

La clase resultó aburrida. Hacía un calor insoportable y no soplaba la brisa. Te empezó a invadir el sueño. Sacaste de tu bolso de cuero blanco las enormes gafas de sol que casi te cubrían la mitad del rostro y te las pusiste para que nadie se diera cuenta si te dormías. Una o dos veces te sobresaltaste con tus cabeceos, pero igual hiciste algunos apuntes que te iban a servir. Desde hacía días te sentías empantanada con la novela.

Eduardo, a quien no le interesaba demasiado la clase, se distrajo contemplando una araña, allí cerca de él, que metódicamente envolvía a una pobre mosca. El bichito zumbaba desesperado dentro de esa red del diablo. La araña lo observaba atenta. Cuando se dio cuenta de que su presa podía escapar, tejió rápidamente unos cuantos filamentos más y esperó a que se aquietara. Eduardo se estremeció. Hizo esfuerzos por seguir al profesor, pero quedó atrapado en la red.

Al finalizar la clase se acercó a ti y te invitó a tomar una cerveza en el café de la esquina.

Aceptaste enseguida. Ya era casi una costumbre. Margarita, la muchacha de lentes y piernas flacas, se les quedó mirando y le dijo a Eduardo que no se olvidara de devolverle la revista.

—Me di cuenta de que durante toda la clase no hiciste otra cosa que dormir —dijo Eduardo mientras esperaban las cervezas.

—No, no es cierto. Tengo como dos páginas de notas. Lo que pasa es que hacía un calor insoportable. Casi no entra el aire en esa clase. Apenas una ventanita infeliz. La próxima vez traeré un ventilador, ¿qué te parece?

—Mjm. No es mala idea.

—Don Tino es inteligente, pero a veces se pone un tanto dogmático.

—Falta de vuelo —dijo Eduardo empezando a sorber su cerveza—, quiere enredar a los bichitos alados. ¿Se puede saber de qué se trata esa novela?

—Es un secreto, un escritor amigo mío me dijo una vez que no había que hablar sobre lo que uno está escribiendo.

—¿A qué escritores conocés?

Lo miraste de arriba abajo con tus grandes ojos pardos.

—¿Te parece raro que una señora burguesa tenga amigos escritores?

—No, no, qué idea. ¿Conociste a Salarrué?

En ese preciso instante la sinfonola empezó a trasmitir a todo volumen una de las últimas canciones de Julio Iglesias a quien Eduardo no soportaba y antes de que tú pudieras contestarle, él agregó:

—Es inaguantable este lugar. ¿Cómo es posible sostener una conversación oyendo esa música infecta? Y mirá los afiches, haceme el favor.

La pared de enfrente estaba llena de toreros, de mujeres rubias semidesnudas, de anuncios de cerveza "Pilsener."

—La próxima vez iremos al Chalo's bar, ¿lo has oído mentar?

—Por supuesto —te animaste—, hasta he ido algunas veces.

—No te creo. ¿Cómo es?

—Uy, qué pesado. Está alfombrado de rojo y en vez de sinfonola hay un piano al fondo. En la entrada hay un diablo pintado.

—Que es de Tuno Alvarenga —agregó Eduardo.

—¿Por qué no lo iba a conocer? —te indignaste.

—Porque es para bichitos —te miró Eduardo con sorna poniéndote una mano sobre el brazo.

Le mostrate la punta de la lengua. —También he estado en el Lutecia, ¿y vos?

—No hay duda que sos una mujer emancipada. ¿Conociste a Salarrué?

—Por supuesto —mentiste—, era guapísimo.

—Fantástico tipo el chele Salarrué. El y Roque son lo más

grande que ha dado el país.

—¿Y tu novela sobre qué es?

—También un secreto. Un plagio sofisticado de Corine Tellado sobre un amor imposible. En realidad lo que más me importa es la poesía.

—¿Y por qué vas a la clase de don Tino entonces?

—Porque estás vos.

—¿Acaso sabías que iba a estar?

—Soy medio brujo, ¿no te habías dado cuenta?

—Sí. Desde el primer día que te ví. Me encantaría ver tus poemas —añadiste con un dejo de ternura.

—No te hagás ilusiones, no son gran cosa.

—¿No eres tú el que sostiene que todos los poemas son voces de un solo poema largo? Me encanta la idea. A lo mejor algún día me atreva a contribuir.

—Veo que tenés buena memoria, sólo que la idea no es mía, es de Shelley.

—¿Me vas a mostrar tus poemas? —insististe.

—Sí, pero tendrá que ser en El Lutecia o en el Chalo's Bar.

—Imposible. Los dos quedan muy cerca del casino donde va mi marido y todos sus amigos. ¿Te imaginás si me ven entrar allí con un subversivo?

—Me gustás mucho. Tenés algo en los ojos, una especie de nerviosismo que me saca de quicio.

—No empecemos con eso, ¿o es que tenés complejo de Edipo?

—Desde hace mucho me gustás y para que veas que no exagero, voy a traerte dos poemas que te hice el año pasado.

—Mentiroso, ni me conocías.

—Sí,señora. La vi entrar varias veces a la librería de don Kurt. La primera vez ibas vestida de amarillo y llevabas un collar largo de turquesas.

—Es verdad, tengo un collar de turquesas.

—Desde ese día te convertiste en mi amor platónico. Cuando entraste al taller casi me da un infarto.

Te echaste a reír visiblemente complacida.

—Perdoná que sea tan curioso, pero aparte de tu novela, ¿qué hacés con tus días?

—En realidad, no demasiado. Por las mañanas nado un rato, acompaño a veces a mamá a sus obras de caridad, escucho música, leo, veo televisión y jardineo. De ves en cuando juego canasta —agregó.

—¿No tenés hijos?

—Sí, dos, pero ya están grandes. Estudian en Europa. Diana, la mayor va a tener veinte años. Más o menos tu edad, ¿no?

—Totalmente equivocada. Dentro de un mes cumplo treinta y cinco —se tragó Eduardo con un sorbo de cerveza los tres años que le sobraban—, ¿cómo es posible que tengás hijos tan grandes?

—¿Cuántos años me calculás?

—Treinta y seis a lo sumo.

—Cuarenta bien cumplidos —mentiste a tu vez.

—La suerte de tener una vida regalada.

Me estoy poniendo vieja, te aterraste de pronto, dentro de muy poco cumpliré cuarenta y dos.

—¿En qué estás pensando?

—En lo joven que sos y en que tengo que irme.

—No, todavía no. Quedate un poco más —puso de nuevo Eduardo la mano sobre tu brazo.

—No puedo, tenemos invitados esta noche. Nos veremos el viernes.

A pesar de la sinfonola Eduardo se quedó un rato más y pidió otra cerveza. Sacó del bolsillo de sus blue jeans unas cuantas monedas y empezó a jugar:

Primer punto, pensó poniendo una sobre la mesa: averiguar características de mimeógrafo. Si es demasiado ruidoso. "¿Cómo hacés de noche?," le preguntó la cucarachita Mandinga al ratón Pérez.

Segundo punto, saboreó su cerveza y puso otra moneda sobre la mesa: Esta misma noche le telefonearé a Ricardo. Tengo que verlo mañana sin falta.

Tercer punto, siguió jugando: creo que en el barrio de San Jacinto podría encontrar algo. Será bueno tener mi propio apartamento.

Cuarta y última moneda: es fascinante, absolutamente fascinante y además lindísima. Lástima grande que es oligarca.

Recogió las monedas, las hizo saltar un rato entre su mano y se las echó de nuevo al bolsillo.

La sinfonola tocaba ahora una canción de Belafonte. Menos mal. Pero ¿por qué jamás Viglietti o la Mercedes Sosa o Chico Buarque?

Llamó al mozo, le pagó la factura y salió a la calle sintiéndose contento.

Mancha maldita —dijiste entre dientes mirándote al espejo. Buscaste entre tus potes de crema, elegiste uno y empezaste a cubrirte cuidadosamente la mancha blanca que te había aparecido en el cuello últimamente. "Nervios" diagnosticó el dermatólogo, "despliegue piscosomático." ¿Nerviosa yo, una señora que lo tiene todo, una mujer minada por la fortuna?

Te examinaste cuidadosamente el rostro, el escote, los brazos, las manos. No, no había señas de otra. Apenas una pequeñita debajo de la rodilla y esa del párpado que fue la primera.

Le pediste a la mucama que te trajera los periódicos y te recostante a leerlos en la hamaca blanca, bajo el enorme árbol de conacaste.

"Ayer se encontró el cadáver de un hombre desnudo muerto a balazos en el kilómetro 30 de la carretera San Salvador-Santa Ana," leíste la noticia en *La Prensa.*

Qué horrible, arrojaste el periódico al suelo, el mismo que vimos antenoche.

Un hombre completamente desnudo, que con una mano se tapaba el sexo y con la otra gesticulaba desesperadamente, apareció de pronto iluminado por las luces del auto, a la orilla del camino. Tenía el rostro desfigurado por el horror.

"Para, Ernesto, para, tenemos que ver qué le pasa."

"Estás loca, puede tratarse de una emboscada."

—¿No ves que está desnudo? Paremos, te lo suplico."

Como única respuesta Ernesto aumentó la velocidad. Cuando pasaron frente a él escuché unos gritos ininteligibles.

"Por favor," no lo podemos dejar así."

Ernesto dio un viraje y la figura grotesca se esfumó en la noche.

"No te comprendo, Ernesto. Se te ha endurecido el corazón."

"¿Te querés callar de una buena vez?"

"No, no quiero. Es horrible lo que has hecho."

Te levántaste de la hamaca con lágrimas en los ojos. Eran lágrimas de rabia, de impotencia, de frustración.

"Pudimos haberlo salvado," te repetías. "Es su culpa, su culpa."

—Mercedes —te encaminaste a la cocina con el rostro crispado—, por favor ponga en una cesta algunos quesos y aguacates de los que trajeron ayer de la finca.

Mercedes colocó la cesta en el asiento de pasajeros de tu MG.

"Culpable de esa muerte," seguías repitiéndote mientras ibas a casa de tu madre. "Emboscada o no emboscada debimos haberlo ayudado."

A pesar de que el camino a Suchitoto estaba más bello que nunca: los maquilishuats, los madre cacaos, los San Andrés y los árboles de fuego en plena flor, tú no podías gozarlo. Un nudo de rabia te apretaba la garganta.

—¿Viste lo de ese pobre hombre que mataron en la carretera a Santa Ana? —dijiste.

—Sí. Qué horrible.

—Pudimos haberlo salvado.

—¿Cómo? —se asombró doña Cata.

—Ernesto y yo lo vimos cuando veníamos de cenar de donde los Herrera.

—No me digas.

—Estaba totalmente desnudo y aterrorizado. Nos hizo gestos desesperados para que paráramos y Ernesto no quiso, ¿te das cuenta?

—A veces puede ser peligroso —lo disculpó doña Cata—, podría haberse tratado de una emboscada.

—Estaba desnudo, mamá. Era obvio que le habían robado todo. Desde que leí en el periódico la noticia no me puedo quitar de la mente el rostro de ese hombre, ¿qué le pasa a Ernesto?

Tu madre guardó silencio y tú pensaste en Eduardo, en tú última conversación en el café, en su invitación a visitar su apartamento.

—Esta vez entraré contigo —dijiste mientras estacionabas el MG frente a la casa del cura.

—Qué bueno —se alegró tu madre—, ojalá esté el padre Ramón, se me hace que te gustaría.

"Haga patria, mate un cura," recordaste la consigna que a Ernesto y a sus amigos les gustaba repetir últimamente.

Sacaron de detrás de los asientos los dos bultos de ropa y de comida. El padre Benito las esperaba en la puerta y se acercó a ayudarlas.

Había ya mucha gente en el corredor. Algunos estaban sentados en el suelo, apoyándose contra los postes, otros en

taburetes, los niños en las faldas de sus madres o correteando por el patio.

Tú te sentías como pollo comprado. El padre Benito te trajo un taburete y te sentaste junto a una mujer que tenía un niño en brazos.

Mirabas asombrada a tu madre que se movía con gran soltura. Parecía conocerlos a todos. Desde que murió papá su consuelo es la iglesia, pensaste.

—¿Está el padre Ramón? —preguntó doña Cata.

—No —dijo el padre Benito—, tuvo que ir a San Martín. Nos va a hablar un delegado de la palabra que creo que no conoce. Le va a gustar, ya va a ver. Es el jefe de una nueva cooperativa de maíz.

Mientras empezabas a conversar con la campesina, se acercó un hombre que olía a guaro y se había estado paseando por el corredor sintiéndose el gallito del corral.

—Mejor se hubiera quedado como siempre leyendo en su carro —se dirigió a ti—, con el perdón de usted aquí sólo se vienen a oír babosadas.

—¿Y entonces por qué te molestás en venir? —lo miraste de arriba abajo.

El hombre se quedó un instante sin saber qué hacer, empezó a caminar cohibido y lanzó un escupitajo en el patio.

Cuatro o cinco niños, con las narices chorreándoles mocos se habían acercado curiosos formando círculo y se le quedaron mirando mientras se alejaba.

—Es de ORDEN —dijo la campesina—, nos tienen entre ojos. Desde que mataron a mi marido yo no los puedo ni ver.

—¿Cómo? —te estremeciste— ¿quién lo mató?

El alboroto de los niños era cada vez mayor. Jugaban escondelero, zope, cuilio-ladrón. Había epidemia de gripe y te sentías levemente inquieta con todos esos cipotes mocosos que pasaban rozándote y te ofrecían pedazos de tortilla mordida.

—Fue en el ingenio de Las Colinas. Hicieron una huelga porque querían que se les pagara el aguinaldo igual que

hacían con los mandadores. El patrón les dijo que llegaran al día siguiente, que iban a platicar. Cabal, así jué. Todititos se juntaron y llegaron tempranito. Ni machete llevaban. Allí nomás les cayó la Guardia con ametralladoras y jeeps y los capturaron. Estos de ORDEN le ayudan a la Guardia. Son orejas.

—¿Y el patrón qué dijo?

—No llegó. Como quince eran los trabajadores. Tal vez más. Mi marido y otros dos se les dejaron ir a los guardias y allí los remataron y se jueron a botarlos quién sabionde.

—¿A todos los mataron allí mismo? —preguntaste con los ojos agrandados por el horror.

—No, a los otros los mataron más después. Un conocido mío que trabaja en la Guardia dice que él vio los cadáveres, que unos tenían como una capucha de plástico. A esos los envenenaron.

—Silencio —ordenó el padre Benito—, ya vamos a empezar.

—Fuimos a pedir los cuerpos, pero no los quisieron entregar. Mejor nos amenazaron si volvíamos.

—Silencio —repitió el padre Benito batiendo palmas.

Hubo un revoloteo de madres. Todas se levantaron a recoger a sus hijos para llevarlos junto a ellas. Los más chiquitos lloraban y ellas se sacaban el pecho y les daban de mamar.

—Hoy nos va a hablar un nuevo delegado de la palabra —anunció el padre Benito. Su nombre es Pedro Martínez y trabaja cerca de aquí, en una cooperativa de maíz. Muchos de ustedes ya lo conocen. Bueno, Pedro —añadió—, tenés la palabra.

Después de dar las gracias Pedro dijo que antes de empezar quería hacerle una ofrenda simbólica a la Virgen del Rosario.

Con paso ceremonioso se acercó, seguido de un niño de unos ocho años, que le llevaba dos mazorcas de maíz entre las manos a la imagen de yeso con manto azul y blanco que

presidía el acto desde el fondo del corredor, sobre un altar adornado con florecitas silvestres.

—Con él vivo ahora —dijo la campesina—, es mi hermano. El cipote es mi hijo mayor —añadió con orgullo.

—¿Cuántos hijos tenés?

—Cuatro. Dos hembritas y dos varones.

A pesar de ser tan joven Pedro hablaba con soltura. Les dijo, que como bien sabían todos, la próxima cosecha se aproximaba y que se iba a necesitar tanto de hombres como de mujeres para recolectarla con la mayor rapidez posible.

Les explicó que era necesario que organizaran mejor el colectivo para el cuido de los niños y que nunca se olvidaran que se trataba de ayudarnos los unos a los otros, puesto que ante los ojos del Señor todos éramos hermanos.

Después del discurso la mayoría de los hombres y una que otra mujer le plantearon sus problemas y hubo discusión.

Doña Catalina y dos campesinas empezaron a repartir café, galletas y gaseosas y tú te sumaste a ayudarlas.

—Qué te pareció? —te preguntó tu madre en el camino de regreso.

—Muy interesante, pero es horrible lo que pasa en este país, mamá. Lo peor es que todos fingimos no darnos cuenta.

—Me alegra que por fin te hayas decidido a entrar —dijo doña Catalina después de unos segundos —inteligente el muchacho, ¿verdad?

—Sí —dijiste—, su hermana, sentada allí a mi lado, me contó que a su marido junto a unos quince hombre más los había asesinado la Guardia, en el ingenio de Las Colinas ¿lo sabías?

—No, qué horror. Todos los días aparecen más muertos.

—Quisiera que esta semana o la otra me llevaras donde Monseñor Romero, me gustaría platicar con él.

—¿No se irá a molestar Ernesto?

—Qué me importa Ernesto.

—No digas eso, hijita. Tan bueno que es. Nunca debes olvidar cómo ha sido conmigo después de la muerte de tu papá. Hasta chofer me ha puesto.

Un perro blanco de pelo corto y sucio, con el costillar casi rompiéndole la piel, brotó de ninguna parte y se atravesó de pronto en el camino.

Frenaste bruscamente y el coche dio un viraje hacia la derecha. Lo controlaste, pero no faltó mucho para que se estrellaran contra una formidable pared de roca que custodiaba la carretera.

Detuviste el MG y resoplaste.

—Hijita por Dios —dijo tu madre todavía temblorosa—, por salvarle la vida a un chucho aguacatero por poco nos matamos. En alitas de cucaracha nos hemos visto.

Apoyaste la cabeza sobre el timón y te quedaste así un momento sin decir nada.

—Iba demasiado rápido —dijiste arrancando de nuevo el auto.

—Ya me lo parecía.

—Te prometo portarme bien de aquí en adelante.

Las dos guardaron silencio unos minutos.

—Volviendo a Ernesto —dijiste—, no sé qué le pasa últimamente. Se ha vuelto hosco, taciturno, ya ni música escucha. ¿Te acuerdas cómo después de cena no perdonaba su Mozart o su Vivaldi? Eso pasó a la historia. Allí está su formidable equipo abandonado con toda la colección de clásicos que no permite que nadie toque.

—Presiones de trabajo, sin duda.

—No, qué va, los negocios marchan sobre ruedas. Sus administradores se lo hacen todo. Es como si de pronto —proseguiste hablando más bien para tí misma—, un odio enorme se hubiera apoderado de él. No es el mismo de antes. Desconfía de todo el mundo. Fuera del casino no quiere salir a ninguna parte. Ni al cine vamos ya. Prefiere ver las películas en su bendito betamax. El otro día me dijo que se iba a comprar un Cherokee blindado. Yo me puse a reír y le dije

que qué locura, que ya no sabía en qué gastar su dinero, que por qué tenía tanto miedo.

Se puso furioso y se fue a encerrar a su estudio. Está realmente insoportable. Todos los que no piensan como él son camarones, empezando por los curas. Hasta de ti desconfía.

—Cómo vas a creer? —se echó a reír tu madre—, mira qué maravilla cómo se ha puesto esa ceiba con las lluvias.

—En serio —continuaste sin volver a ver el árbol—, hasta el embajador de los Estados Unidos es comunista según él. Mi única esperanza es que cuando vengan los cipotes para Navidad hablen con él. Tal vez lo suavicen un poco.

—A propósito —dijo doña Cata—, ¿me trajiste la carta de la Dianita?

—No, me olvidé. Está feliz recorriendo Italia. Neto en cambio no se ha movido de Edimburgo. Todas las vacaciones se las va a pasar jugando golf con sus amigos ya verás. ¿Te has fijado cómo son de distintos? La Diana es despreocupada, libre, no me extrañaría que en vez de amiga fuera un amigo con el que anda recorriendo Italia.

—Ay, hijita, no digas esas cosas.

—Nada tendría de malo. Neto, por el otro lado, es bastante cuadradito. Pobre mi hijo. Cuando era chiquito quería ser aviador para tocar el cielo y ahora está estudiando *business administration* como su padre. Qué pronto me lo hicieron aterrizar.

—¿Por qué no vas a verlos?

—No, ya es hora de que se sientan independientes. Además en septiembre tendrán que volver de nuevo a sus estudios.

—Apenas estamos a comienzos de julio.

Qué lindo sería hacer un viaje, pensaste. Alcanzar a la Diana en Venecia, quedarme allí con ella unos días y convencerla de que fuéramos a Grecia. Sería maravilloso volver a ver ese azul intenso del Mediterráneo, los olivares, las islas con sus casitas blancas y sus calles estrechas. "No hay nada más lindo en el mundo que el paisaje salvadoreño," recordaste las

palabras de Eduardo. Sentarme con la Diana en uno de esos cafés al aire libre saboreando ouzos y escuchando las mandolinas triangulares. Una manera de acercarme más a mi hija. ¿Por qué no lo hago?

—El resto de este invierno va a ser muy duro —dijo doña Cata—, fíjate como están de altos los nidos de las chiltotas.

Volviste a ver distraída y no hiciste ningún comentario.

Ernesto no me lo negaría, seguiste con el hilo de tus pensamiento, al contrario, feliz se pondría.

—¿Por qué no le sugieres a Ernesto hacer un viaje juntos? —se aventuró doña Cata—, le harían bien unas vacaciones.

—No, mamá qué idea. Lo que yo necesito a gritos son unas vacaciones de Ernesto.

San Salvador se divisó desde la vuelta del camino.

—Van a ser las dos —exclamaste mirando tu relojito pulsera.

—Quédate a almorzar conmigo —sugirió tu madre—, hay unos pastelitos de carne deliciosos.

—Después de todas esas galletas y las chibolas no puedo pensar en comer, además me toca taller a las tres. Dejémoslo para mañana, ¿quieres?

—Sí, cómo no. Hasta luego, hijita, y procura serenarte.

—Qué manera de llover —dijiste estirándote en la cama junto a Eduardo. Había empezado a llover desde las once de la mañana. Eran ya más de las cuatro y seguía lloviendo igual.

En la pequeña pieza que servía de sala, comedor y dormitorio caía una sonora gotera. Eduardo había puesto debajo la única olla que poseía y ya habían tenido que vaciarla cuatro veces.

—¿Otro vinito? —ofreció él.

—Todavía no. Quedémonos otro rato así.

Te acercaste aún más al cuerpo desnudo de Eduardo, lo besaste en el hombro y empezaste a acariciarlo despacio.

—Nunca en mi vida había sido tan feliz como esta tarde, en mis más de veinte años de matrimonio nunca había sentido lo que sentí hoy contigo.

Eduardo sonrió satisfecho.

—Tres veces en menos de dos horas —te alborotó el cabello—, no está mal.

—No es eso, tonto —dijiste con voz somnolienta—, lo que pasa es que nuestras pieles se entienden. En el fondo todo es cuestión de piel. Desde la primera vez que hicimos el amor supe que era distinto.

—Apenas quince días —te dio un beso Eduardo.

—Ernesto parece un tanque. Después de la luna de miel casi nunca me ha vuelto a acariciar.

—Falta de imaginación —dijo Eduardo mientras se levantaba a cambiar el disco—. Para todo hace falta la imaginación. Para dar una clase, para hacer el amor, para ser revolucionario. A los burgueses el consumismo ha acabado por matársela. ¿Querés seguir oyendo a Chico Buarque o cambiamos de disco?

—Escuchemos a Zitarrosa ahora y leeme otro poema antes de que me vaya —dijiste incorporándote a medias en la cama—, en serio, Eduardo —agregaste—, vos me has enseñado a descubrir mi cuerpo, la maravilla que es mi cuerpo.

—No te has equivocado —dijo Eduardo mientras cambiaba el disco.

—No es eso, burro. Me refiero al placer enorme que es capaz de hacerme sentir. Pobrecito, lo tenía abandonado como quien dice.

—¿No me vas a decir que yo he sido tu primer amante?

—Tal cual. Tuve dos aventuras idiotas pero esas no cuentan —mentiste—. Jamás te habías atrevido a acostarte con otro— también eran tanques.

Habían pasado la tarde oyendo música de Viglietti, de Buarque y de Zitarrosa, leyendo poemas de Eduardo, hacien-

do el amor y bebiendo de una botella de Bordeaux que tú habías llevado.

Dos veces sonó el teléfono y por supuesto Eduardo no se había molestado en contestar. Después de la segunda vez lo desconectó.

—Se ven lindas las cortinitas, ¿verdad? miraste satisfecha hacia la ventana. Tú misma las habías hecho y también el cobertor de tela hindú y los cojines recién estrenados que yacían en desorden al pie de la cama.

—La próxima vez te traeré un cuadrito de Mejía Vides—, se vería muy bien allí en la pared de enfrente. Hacen falta algunas plantas y pinta las paredes de blanco.

—Lo que hace falta es otra librera —dijo Eduardo—. Mañana mismo iré al mercado a comprarla. Ese armario allí, está lleno de libros.

—¿Y qué hacés con tu ropa?

—Metida en las valijas, debajo de la cama.

Igual que el mimeógrafo, pensó, enterradito allí, bajo el piso.

—Sos un caso —te echaste a reír levantándote perezosamente. Cruzaste desnuda la habitación y te dirigiste hacia la ventana. Descorriste un poquito las cortinas y miraste hacia afuera.

—Sigue lloviendo —suspiraste.

"—Sigue la lluvia pertinaz cayendo.
y el árbol de la sierra me da la sensación
de que se le ha salido cantando el corazón" —recitó Eduardo con voz pomposa y en seguida cambiando de tono—, tenés las nalgas más lindas que he visto, ni siquiera un asomo de celulitis.

— De algo sirven la natación y los masajes —lo volviste a ver—, ¿es tuyo el poema?

—Ignorante, ni a tu gloria nacional te podés. Es de Alfredo Espino. Lo peor es que estoy seguro que lo he mezclado con otro —dijo acercándose y empezó a besarte y

también los pechitos más lindos y los hombros más lindos y el buchito más lindo.

—Leeme otro poema —dijiste, coqueta.

—Hay otras tareas más urgentes —te condujo él hacia la cama.

—Te vas a volver tuberculoso, ¿qué excusas le daremos a don Tino?

¿Qué excusa le daré a Margarita?, pensó Eduardo mientras te mordía en la cintura. Jamás te imaginarías gatita, que aquí mismo, debajo de nosotros está el mimeógrafo, el culpable de ese periodiquito subversivo que tanto hace rabiar a tu marido.

De nuevo y poco a poco los cuerpos volvieron a entenderse a la perfección.

Tiene razón Lorena, es cuestión de piel.

Pese a que era obvio que Eduardo quería poseerte ya, ahora mismo, en ese preciso instante, no se daba ninguna prisa. Te besó morosamente, pasando su lengua despacito por tu cuello, tus senos de pezones duros y oscuros, el ombligo hondo, tu vientre dorado y casi liso.

—Ya, ya, mi amor —dijiste por fin—, no puedo más.

Se quedaron así abrazados hasta que terminó el disco de Zitarrosa.

—Es hora de que me vista —dijiste empujándolo suavemente.

—Sólo son las cinco menos cuarto —protestó él mirando el reloj azul en la mesa de madera sin pintar atestada también de libros.

—¿No te podés quedar hasta las cinco y media? Tu marido siempre llega tarde, ¿no es así?

—Sólo si me lees otro poema —dijo ella recogiendo su ropa y dirigéndose al baño.

—Todavía queda un poquito de vino en la botella, ¿nos lo acabamos?

—Sí. Vuelvo enseguida.

—¿Por qué no nos bañamos juntos? —dijo él—, ya verás que buenos masajes puedo dar. Aprendí con una japonesa.

—La próxima vez —dijiste mientras entrabas al baño y cerrabas la puerta precipitadamente.

—Qué falta de imaginación —levantó la voz Eduardo—, apuesto a que nadie te ha dado masajes a la japonesa.

Tendré que trabajar por lo menos hasta la media noche, pensó mientras se vestía y conectaba de nuevo el teléfono. Margarita debe estar hecha una chinchintora. Seguro que ella fue la que llamó. Le preguntaré a Lorena si sabe algo de las posturas tántricas, sonrió. ¿Qué es lo que querrá Margarita? Seguro algún material urgente.

Increíble cómo nos criaron de pazguatas, te dijiste mientras empezabas a enjabonarte. "A las esposas hay que respetarlas, para divertirse están las putas o las amantes." Bacinicas para nuestros maridos, eso es lo que somos. Cuando a ellos les da la gana y nada más. Lástima no poderme quedar, no pasar una noche entera con él. Qué lindo sería escaparnos a una playa solitaria, el Cuco, por ejemplo. Es reservado Eduardo, ni siquiera la primera cascarita he logrado arrancarle. Está rodeado de misterio, te dejaste caer la regadera estremeciéndote con el chorro de agua fría—, apenas si sé de él, yo en cambio ya le conté mi vida y milagros. Chorrea ternura, te empezaste a frotar con la toalla medio sucia y deshilachada, se le sale por los ojos, por la boca, por las manos. Jamás me había sentido tan mujer.

Tiene que estar en la calle dentro de tres días, frunció Eduardo el ceño. Pocas veces me ha costado tanto escribir un artículo de fondo. Margarita debe sospechar lo nuestro. Ojalá se lo calle. Si los compas se enteran se armaría un lío. Me está gustando demasiado. Se me está volviendo imprescindible.

—¿Por qué no ponés más música brasileña? —dijiste saliendo del baño con tu vestidito de lino color limón—, va bien con tus poemas.

—Dejemos el poema para la próxima vez —vació Eduardo el último poquito de vino en los vasos—, y contame cómo te fue con Monseñor.

—Es maravilloso —te entusiasmaste mientras él ponía un

disco de Gal Costa—, hemos quedado que por el momento le ayudaré a dirigir sobres. La pobre secretaria no da abasto. No es nada, pero bueno.

—Todo ayuda —dijo Eduardo. Ya le irás tomando el gusto.

—Lo que a mí me pasa —dijiste empezando a sorber tu vino—, qué maravilla de voz tiene ese tipo —te interrumpiste—, lo que a mí me pasa retomaste la frase—, es que me falta fe. Vos, por ejemplo, tenés una gran fe en el pueblo, mamá en la Iglesia y en curas como el padre Benito y Monseñor. Hasta Ernesto tiene fe. Piensa que aumentando un poquito los salarios y mejorándoles la comida a los campesinos, se acabaría el fantasma comunista.

—Progresista tu marido.

—Yo en cambio —continuaste—, no tengo fe en nada. Creo que ni siquiera en Dios.

—La idea de Dios es demasiado abstracta, carece de sentido. Yo creo en las cosas que tienen un sentido. En nuestro amor por ejemplo —dijo Eduardo tomándote la mano.

—¿Crees en serio que los campesinos y obreros se pueden liberar?, los veo tan sumisos.

—Por supuesto —respondió Eduardo enfático y te soltó la mano—, a nadie le gusta la esclavitud. ¿Qué más te dijo Monseñor?

—Hablamos de Rutilio Grande, del evangelio explicado de acuerdo al aquí y ahora, del odio que la oligarquía siente por los curas, sobre todo por los jesuitas, de muchas cosas. Conocí a un muchacho que se llama Polín.

—Sé quien es.

—Llegó cuando yo estaba platicando con Monseñor y él lo recibió con gran cariño. Me dijo que Polín era su maestro, ¿te das cuenta qué humildad?, que gracias a él había podido comprender mejor las necesidades del pueblo.

—Seguramente es verdad —encendió Eduardo un cigarrillo—, Monseñor no es ningún hipócrita.

—Muy inteligente me pareció el muchacho —pusiste

sobre la mesa el vaso ya vacío—, apenas está aprendiendo a leer y a escribir, pero tiene una gran facilidad para expresarse. ¿Ves? Esa es otra cosa que me gustaría hacer. Enseñar a leer y escribir.

—¿Por qué no? —se entusiasmó el—. Sería formidable. Hablá con Monseñor sobre eso la próxima vez.

—Lo horrible es que para evitar pleitos, todo lo tengo que hacer a escondidas de Ernesto, ¿te das cuenta? Hasta los sobres.

—¿De lo nuestro sospecha? —preguntó Eduardo apurando las últimas gotas de vino.

—Dios me libre. Ya me habría ahorcado por lo menos. La esposa sumisa, eso debo ser yo. La mujer que está en todo de acuerdo con su marido.

—¿Has intentado rebelarte alguna vez?

—Hasta que te conocí y empecé a pensar por mi cuenta.

—¿Cuál ha sido su reacción?

—Cree que es la influencia de don Tino y de mamá. El no quería que entrara al taller. En eso mi hija me ayudó.

—¿Tu hija?

—Sí. Es muy comprensiva la Diana. Le dijo que no era justo que ahora que ellos se iban a estudiar a Europa yo me quedara sin hacer nada. Que siempre había tenido ganas de escribir, que me dejara.

—Menos mal —dijo Eduardo tendiéndote un cigarrillo que tú rechazaste.

—Tengo que irme —dijiste—, ¿por qué no llamás al taxi?

—Qué lástima —dijo él mirándote con ternura—. La próxima vez venite con más tiempo para que podamos platicar —se dirigió al teléfono.

—He estado aquí más de tres horas, lo que pasa...

—Es tu culpa —dijo él marcando el número—, tu culpa por ser tan seductora —se sentó de nuevo frente a ella—. Tu taxi estará en la esquina dentro de cinco minutos.

—¿Por qué no almorzamos aquí el jueves? Ernesto se va a la finca todo el día y no regresa sino hasta en la noche. Traeré una ensalada de tallarines deliciosa.

—Excelente idea. Yo tendré una botellita de mezcal. ¿Lo has probado?

—No —qué horror —hiciste un gesto de asco—, es al que le ponen un gusano en la botella, ¿verdad?

—Ya verás cómo te gustará —se echó a reír él—, nada mejor para aclarar la mente. Andate ya —se levantó—, el taxi debe estar por llegar.

—No tengo nadita de ganas de irme —dijiste poniéndote de pie.

A pesar de que todavía lloviznaba sacaste de tu bolso las gafas oscuras.

—Tenés un pelo oloroso, suave y qué color más bonito, parece miel —te acarició Eduardo el cabello—, no te olvidés de tu paraguas.

Menos mal que en este barrio nadie me conoce pensaste poniéndote las gafas mientras te dirigías hacia la esquina.

Cada vez que Lorena iba a la casa número diecisiete de la calle Manzano, dejaba su MG estacionado cerca de la universidad y tomaba un taxi.

¿Cuánto puede durar esto?, te invadió de pronto una enorme nostalgia del futuro.

Te diste cuenta que habías dejado olvidado en el baño tu relojito pulsera, corriste hacia la casa de apartamentos de paredes descascaradas y subiste las escaleras casi volando. Qué olor horrible a fritanga, se ha impregnado en el cemento.

Eduardo abrió en seguida. Tenía ya el reloj en la mano.

—Me imaginé que eras vos —dijo entregándoselo—, apurate que el taxi se te puede ir. Te llamaré mañana a eso de las once.

Qué barbaridad, te dijiste, sacando de la gaveta de tu

escritorio Luis XV el cuaderno de tapas verdes. Casi un mes que no escribo, desde que Eduardo se mudó al apartamento. Apenas cuarenta páginas. Bueno, según don Tino las primeras sesenta son las más difíciles, después es todo cuesta abajo. *Y ahora, cuesta abajo en mi rodada, las ilusiones pasadas ya no las puedo aguantar.*

No hay duda que Estela se parece mucho a mí, empezaste a hojear lo escrito. Tendré que disfrazarla mejor. Dice don Tino que siempre la primera novela es autobiográfica. ¿Qué irán a pensar mis hijos? Bueno, si me preocupo por el qué dirán jamás escribiré nada. Ante todo no debo sentirme cohibida. Cómo cuesta empezar. El famoso terror ante la página blanca. Tendría que escribir todos los días. La disciplina no es mi fuerte. Según Eduardo para que una novela no sea tan lineal es aconsejable anotar cosas ajenas a ella, que nos puedan servir: lecturas que nos han impresionado, reflexiones, sueños. El sueño de hace dos noches me tiene obsesionada. Me servirá para inspirarme.

Sacaste de la gaveta otro cuaderno de tapas rojas en el cual llevabas una especie de diario, lo abriste en una página limpia y anotaste: "25 de julio. Hace dos noches soñé que Ernesto y yo estábamos en una ciudad extraña. Yo quería salir a recorrerla pero a Ernesto le dolían mucho los pies y prefirió quedarse en el hotel, que era en realidad un hotelucho. Empecé a caminar y me encontré de pronto en medio de una enorme feria. Había de todo allí: mujeres orientales que vendían pulseras y bufandas de seda, un circo de carpas azules, ventas de fruta y de helados, niños que pregonaban alegres nubes de algodón de todos colores, fieras que se paseaban tranquilamente sin despertar ningún temor, hombres que escupían fuego. Yo iba de un lugar a otro, pero no hablé con nadie ni compré nada. La gente parecía no darse cuenta de que existía, miraba como a través de mí. Cuando al fin me cansé decidí regresar al hotel. Sentí que alguien me seguía y tuve miedo. No quise volver a ver.

Ernesto estaba acostado en la cama de hierro. Mientras me quitaba los zapatos y las medias empecé a contarle todo lo que había visto. De pronto, cuando me puse de pie para sacarme el vestido, vi junto a la cama una pantera negra parada

en dos patas que me dijo con voz aterciopelada: permítame bajarle el ziper. Me quedé petrificada y el sueño terminó allí."

¿Qué querrá decir?, te preguntaste dejando de escribir. Debo contárselo a Eduardo. ¿En qué andará últimamente? Desde que tiene el apartamento casi no va al taller. Sé que no debo preguntarle. El otro día le pregunté por Margarita y me miró de otro modo, como desde afuera. ¿Cómo irá a interpretar mi sueño? Pese a ser marxista prefiere a Jung. Freud todo lo reduce al sexo, como si eso fuera lo más importante, ¿y acaso no lo es? A mí por lo menos me ha resucitado. Pero sólo desde que encontré a Eduardo. Antes me daba rabia, me sentía usada casi no experimentaba ningún placer. Ahora con Ernesto ya ni rabia siento. Me limito a cerrar los ojos, a soñar con el cuartito de paredes descascaradas. Veintiún años en la oscuridad, la mitad de mi vida hasta que vino el príncipe encantado y despertó a su bella durmiente.

Para Eduardo seguramente no soy más que una aventura agradable y pasajera. Diez años mayor, qué barbaridad. No importa, mientras dure debemos gozarlo. Lo único malo es que me parece que me estoy enamorando. Algo me está pasando. No soy la misma Lorena de hace seis meses, ni siquiera de hace dos. Salvo mamá nadie más lo ha notado. ¿Lo irán a notar mis hijos? Diana es muy intuitiva. Me estoy enamorando de un muchacho que por poco podría ser mi hijo. Bueno ¿y qué? No debe ser privilegio de los hombres tener amantes jóvenes. Detesto el machismo. Ernesto se ha convertido en uno de sus más altos exponentes. Ni cuenta se da de lo que me pasa. ¿Cómo imaginarse que le pongan cuernos a él, un tipo lleno de oro que me llena de trajes y de joyas y que jamás me ha escatimado nada? Nada, salvo lo esencial. ¿Cuándo empezó a cambiar Ernesto? Antes no era así. Creo que desde que murió su padre, desde que se convirtió en el responsable del patrimonio familiar.

Me estoy enamorando de una especie de fraile entregado a la revolución. ¿Por qué nunca me habla de eso? Sé que es lo que más le importa. De todo hablamos menos de eso: sufismo, poesía, pintura. Hasta ahora sólo esa clase de lecturas me ha recomendado. Miento, también el libro de Fannon. Adora a

Borges a pesar de que políticamente no lo soporta. Borges y Cortázar es lo más alto de nuestra América según él. Si no-fuera por Eduardo jamás los habría leído. La Diana me habla de Cortázar en sus cartas. Lo descubrió en Europa. Es un tipo especial Eduardo. Me cuesta imaginármelo dentro de una organzación con la disciplina y las renuncias que eso debe requerir. Margarita, en cambio, está como hecha para las renuncias. Me mira con rabia, con una mezcla de curiosidad y rabia. Debe estar enamorada de él. No me extrañaría.

"Ayer E. me preguntó por mi hijo", empezaste de nuevo a escribir, "casi no supe qué decirle. Lo conozco poco en realidad. Me temo que seguirá los pasos de su padre. Todos los oligarcas aquí están cortados por la misma tijera. Lo único que les preocupa es hacer más dinero, no importa a costa de qué. ¿Quién en El Salvador es distinto? Quique Alvarez y pare usted de contar. Qué odio le tienen al pobre Quique. Un traidor a su clase. No les queda más remedio que tomarlo en cuenta. Es uno de los suyos y no un resentido cualquiera."

—Niña Lorena —dijo Tere desde la puerta—, la buscan.

—¿Quién?

—Don Fernando.

—Decile que estoy ocupada. Mil veces te he dicho que no me molesten a estas horas.

—Así le dije, pero insistió en que era urgente.

—Qué lata. Bueno, decile que ya bajo.

Guardaste tus cuadernos en el escritorio. Lo cerraste con llave, te alisaste la falda, te retocaste con las manos el cabello, rápidamente te miraste en el espejo y empezaste a bajar las gradas.

Fernando te esperaba sentado incómodamente sobre el borde de un sillón de mimbre en el corredor.

—¿Cómo está doña Lorena?, usted cada día más guapa —dijo levantándose.

—¿Qué tal? —dijiste en tono distante y alargaste la mano.

Te sentaste en el sillón frente a él y sacaste un cigarrillo

de la cajita sobre la mesa de centro.

Fernando se apresuró a encendértelo y sacó de su bolsillo otro para él.

—¿Qué te trae por aquí a estas horas? —preguntaste en el mismo tono distante.

—Cosas del negocio —dijo Fernando—, pasé por la oficina de don Ernesto pero no estaba.

—Los miércoles le toca ir a San Miguel, ¿no sabías?

—Es verdad, lo había olvidado. Supongo que vendrá a almorzar ¿no?

—No creo.

—Debiera cuidarla más —sonrió Fernando mostrando su flamante diente de oro—, a una mujer como usted no hay que dejarla sola.

Te limitaste a mirarlo con desdén.

—¿Qué puedo hacer por tí? —dijiste.

—Es un asunto algo delicado. Ha habido un desfalco en el matadero. Yo sospecho quién es, pero antes de acusarlo quisiera que don Ernesto se diera una vuelta por allí lo antes posible.

—Se lo diré en cuanto venga.

—Es muy agradable volverla a ver, doña Lorena. Cuando éramos unos cipotes de diez o doce años yo estaba perdidamente enamorado de usted.

—¿Cómo? —te asombraste—, te conocí mucho más tarde, cuando fuiste cobrador de papá.

—¿Cómo va a creer? ¿Ya no se acuerda de mi papá, Heriberto que trabajó en la finca del doctor hasta que él la vendió?

—Sí, me acuerdo. Sólo bolo pasaba.

—Así es. De no haber sido por la niña Cata que me protegía quién sabe que hubiera sido de mí. ¿Ya no se cuerda que cumplimos años el mismo día y que la niña Cata siempre me mandaba a regalar alguna cosa?

—Mi primer recuerdo tuyo es cuando fuiste cobrador.

—Así es la vida. A mí en cambio desde chiquito me daba saltos el corazón cada vez que la veía. Lo peor es que sigue dándomelos —se celebró solo su ocurrencia.

Tú ni siquiera sonreíste.

Hubo una pausa incómoda que Fernando se apresuró a romper.

—¿Cómo van esos estudios? —dijo—, siempre veo su carrito frente a la universidad.

—Más o menos —te moviste incómoda en tu silla.

—Tenga cuidado con la gente que va allí —dijo Fernando esquivando tu mirada—, la universidad es un nido de subversivos. No sé cómo don Ernesto la deja ir.

—Soy mayor de edad y me mando sola —lo miraste con dureza.

Me vio, seguro que me vio este desgraciado, por eso está tan confianzudo. Por el espejo frente al bar, por allí me vio.

Fernando siguió fumando sin quitarte la mirada de encima.

—Perdón por meterme en lo que no me importa —dijo después de unos instantes, pero creo que es mi deber decirle que se cuide.

—¿A eso viniste? —lo miraste fijo ocultando mal tu rabia.

—Puede ser que en parte —sonrió Fernando misterioso.

—¿Te puedo invitar a un fresco de tamarindo? —dijiste impulsivamente, haciendo un esfuerzo por ser amable.

—Me caería muy bien.

—Tere —levantaste la voz—, por favor dos frescos de tamarindo.

—¿Cuántos años estuviste en la Policía de Hacienda?

—Cuatro cabales, hasta que don Ernesto me contrató para llevarle los libros.

—¿En qué consistía tu trabajo?

—Le ayudaba al tenedor de libros. Al mismo tiempo que estudiaba iba haciendo mi práctica. Bien contento me puse cuando don Ernesto me habló para que trabajara con él. Usted fue la que le habló de mí, ¿verdad?

—No, fue mamá.

Tere trajo una bandeja con una jarra de tamarindo y dos vasos.

—¿No hay pan dulce? —preguntaste mientras empezabas a servir.

—No se moleste por mí —dijo Fernando—, nunca como nada a estas horas, me estoy cuidando la úlcera.

—¿Ulcera tan joven?

El volvió a mostrar el diente de oro en todo su esplendor y levantó el vaso.

—Por usted —dijo—, porque siempre se conserve tan hermosa. ¿Cómo está su mamá?

—Bien —dijiste sorbiendo un trago—, trabaja con las comunidades cristianas.

—Qué error. Son esos curas los que están arruinando al pueblo. Dígale que un día de estos la pasaré a visitar.

—¿Para convencerla de que deje de trabajar con subversivos? —lo miraste burlona—, dime, Fernando —agregaste—, ¿por qué ese odio a los curas si cabalmente trabajan para mejorar las condiciones de vida de gentes como tú?

—No, niña Lorena, siento contradecirla, pero está equivocada. Esos curas están pagados por Moscú. Por Cuba y por Moscú. El gobierno los debía echar a todos, comenzando con Monseñor Romero.

Indio de mierda.

Hubo otra pausa incómoda que te apresuraste a romper. Llevabas un vestido bastante escotado y sentías su mirada clavada en tus senos.

—¿Estás casado? —preguntaste.

—Sí, ya tengo una cipota de quince años y otro de doce.

—¿Van al colegio? —te sentiste idiota por la pregunta, pero buscabas desesperada algo que decir. Te sabías vagamente amenazada; tenías unas ganas casi incontenibles de levantarte, pero algo te decía que fueras paciente, que no era conveniente hacerle un desprecio a Fernando.

—Por supuesto—, ya la mayor está en tercero de secundaria. Me ha salido algo inteligente.

—Te felicito —dijiste poniendo tu vaso sobre la mesa.

—¿Y sus hijos cómo están? —te miró las piernas con descaro.

—Bien.

—La última vez que vi a la niña Dianita fue hace como un año. Es igualita a usted, bueno, no tan linda. Le repito que don Ernesto debiera cuidarla más.

A pesar de tus buenas intenciones no pudiste contenerte.

—Perdoname, Fernando —dijiste, pero tengo mucho que hacer.

Los dos se levantaron al mismo tiempo.

—Podés terminarte tu fresco —le alargaste la mano.

—Yo también tengo que hacer —puso él su vaso sobre la mesa—. No se olvide de decirle a don Ernesto y si no la veo antes del 30 de agosto, feliz cumpleaños.

—Igualmente —dijiste en tono seco.

¿Por qué habrá venido?, te preguntabas paseándote por tu habitación. Lo del desfalco fue un pretexto. Me vio, seguro que me vio. Jamás había sido confianzudo. Estábamos sentados a una mesa. El, en uno de los banquitos, frente al espejo detrás del mostrador. No me di cuenta cuando entró. Platicaba con otro y le reconocí el perfil. Me acuerdo que me vi por el espejo y tuve miedo.

"¿Qué te pasa?", dijo Eduardo cuando retiré la mano con brusquedad.

"Allí está uno de los empleados de mi marido y creo que nos vio."

"No te preocupés. ¿Qué tiene de malo que estés tomando una cerveza con un amigo?"

"Mucho, cuando el amigo me está acariciando una mano. Debo irme, Eduardo, a lo mejor todavía no me ha visto."

Te deslizaste por entre las mesas, mirando en sentido opuesto y con el corazón dándote saltos.

Me vio, me vio y quiere chantajearme, te retorciste las manos. ¿Será capaz de decirle a Ernesto? Debiera haber sido más amable. No puedo soportar a ese hombre. Sus miradas eran francamente insolentes. Toda su visita fue un desafío descarado. Cholero de mierda. Me vio, estoy segura. De lo contrario no se habría atrevido a mirarme de esa manera.

Se pondrá feliz con el libro, pensaste mientras salías del MG.

Hacía pocos días habías estado hurgando en la biblioteca de tu madre llena de libros de teosofía que nunca te habían interesado y te encontraste de pronto con los poemas místicos de Rumi traducidos directamente del persa. Era el poeta del que tanto te había hablado Eduardo. Leyó textos suyos hacía más de un año en casa de un amigo y desde entonces buscaba infructuosamente uno de sus libros.

Te apresuraste a meterlo en tu bolso. Seguramente alguien se lo había prestado a tu madre (nunca lo habías visto antes) y ella no querría dártelo.

Con paso alegre te dirigirse a la universidad.

Eduardo no estaba.

Qué raro, me dijo que vendría. Puede ser que todavía se aparezca.

La clase se te hizo interminable. No pudiste concentrarte en lo que don Tino explicaba, ni a la lectura de un texto por uno de los alumnos, ni en las discusiones que hubo después.

—¿Y usted, Lorena, qué tiene que decirnos sobre el tema? —dijo don Tino sobresaltándote.

—Nada —dijiste—, no tengo nada que agregar.

—¿Cómo va esa novela? Ya es hora de que nos traiga un capítulo.

—La semana entrante —prometiste.

Cuando la clase terminó te fuiste casi corriendo a la parada de taxis y le dijiste al chofer que te llevara a la calle Manzano.

Eduardo parecía agitado.

—¿Por qué no fuiste a clase? —preguntaste.

—Tuve mucho que hacer —dijo él cerrando la puerta.

—Te traigo algo que te va a gustar, pero primero dame un beso.

El te besó distraído.

—¿Qué te pasa, Eduardo?

—Nada. ¿Viste a Margarita en clase?

—No, no estaba. Mirá lo que te he traído —sacaste el libro de tu bolso.

—Rumi —exclamó él—, ¿cómo lo conseguiste?

—Se lo robé a mamá. ¿Te alegra?

—Sí. Mucho. Yo en cambio tengo para vos un recorte de un periódico norteamericano que sé que no te agradará.

—¿Por qué no fuiste hoy al taller?

—No hagás preguntas, gatita, que te baste saber que ando muy enredado estos días.

Empezaste a leer *Los Angeles Times:* Agosto 11, 1977. "Nueve rebeldes guillotinados en San Salvador."

—¡Qué espanto! —exclamaste.

Mientras seguías leyendo, Eduardo entraba y salía del baño y la cocina, echaba papeles dentro de un bolso de lona, abría gavetas y hurgaba.

—El matadero de Ernesto —te horrorizaste—, no puede ser. Tiene que haber habido una equivocación. ¿Qué te pasa, Eduardo, ¿qué hacés?

—He perdido el bolígrafo.

No puede ser, no puede ser —repetías mientras seguías leyendo con ojos agrandados.

—Cosas muy feas están pasando en este país —dijo Eduado mientras continuaba echando papeles a su bolso.

—¿Por qué ese matadero precisamente? ¿Cómo pueden saberlo?

—Porque "Special Cuts" es el único matadero con un serrucho eléctrico que hace el trabajo a la perfección.

—No me vas a decir que sospechás de Ernesto —te indignaste.

—No lo conozco. Venite, te convido a ir a tomarnos una cerveza.

—¿Por qué no nos quedamos aquí? —protestaste.

—No, gatita. Haceme caso, por favor y no me pidas explicaciones. Nadie te conoce en este barrio.

Eduardo abrió la puerta, miró una vez más hacia el apartamento y salió después de Lorena con su bolso al hombro.

Caminaron como dos cuadras en silencio y entraron a un café todavía más horrible que el de la universidad.

—No puede ser, Eduardo, no puede ser —repetías visiblemente perturbada—, Ernesto, es oligarca y machista y todo lo que querrás, pero jamás un asesino o un cómplice de uno. Meto mi cabeza al fuego por él.

—¿Por qué no te vas con tus hijos por un tiempo? —dijo Eduardo tomándote la mano sobre la mesa.

Se está cansando de mí, sentiste una punzada.

—¿Qué arreglaríamos con eso? —dijiste—, además no puedo abandonar a Ernesto cuando lo están acusando así. A pesar de sus ideas es un hombre bueno. Todos sus trabajadores lo quieren. ¿Sabés qué? Ya lo tengo. Es Fernando el culpable.

—¿Quién?

—El tipo del diente de oro que te dije que nos vio. Seguro que él es el culpable. Ernesto jamás va a ese matadero. Es uno de sus tantísimos negocios que deja en manos de otros. Fer-

nando en cambio, ¿te conté que estuvo en la Policía de Hacienda?

—¿Cómo? —se sorprendió Eduardo—. No, no me lo habías dicho.

—Trabajó allí como tenedor de libros. Mamá le tiene cariño porque lo conoce desde chiquito y le sugirió a Ernesto que se lo llevara con él. Es un tipo ambicioso y amargado.

—En serio, gatita —empezó Eduardo a sorber su cerveza—, andate de aquí. Te repito que cosas muy feas van a pasar. Están pasando ya. Todos estamos atrapados en la red del poder que algunos como yo tratamos de romper y otros como tu marido de mantener intacta. Vos hasta hace poco vivías en el limbo, pero te pasaste la línea, empezaste a juntarte con pececitos voladores y perdiste tu inocencia. Estás retando al poder, gatita, y eso es grave.

Sentiste un vacío en el estómago y no dijiste nada.

Los dos se quedaron un largo rato mirándose a los ojos desde adentro, con las manos enlazadas.

—Sos una linda porquería —dijo él.

—¿Qué pasa, Eduardo? —dijiste tú.

—Mucho. ¿Ya te diste cuenta que aquí ningún periódico ha dicho nada sobre los decapitados?

—Es horrible —exclamaste y se te vino a la mente el rostro del hombre desnudo y su ademán desesperado, y oíste las palabras de la campesina contándote de la masacre.

—Le preguntaré a Ernesto —decidiste.

—Estás loca —se exaltó Eduardo—, ni se lo menciones todavía. Dejá que la noticia le llegue de otro lado. Después de todo más de alguna de tus amistades debe recibir *Los Angeles Times.*

—No que yo sepa. Reciben *The Wall Street Journal*

—Bueno, ya saldrá a luz. Mirá, mi amor, ahora quiero que me escuchés y te portés bien. Voy a estar ausente unos días. No puedo decirte a dónde voy. No tratés de llamarme, por favor. Es importante. Andá a clase como siempre y trabajá en tu novela. Que nadie te note rara. Hacelo por mí. Y por

milésima vez te ruego: procurá irte una temporada con tus hijos.

—¿Te estás cansando de mí?

—No seas boba. Te quiero, gatita. A pesar mío me he enamorado de vos, de toda una señora burguesa —sonrió—, ahora tengo que irme. Quedate aquí sentada terminando tu cerveza.

—¿Cuándo vas a regresar?

—Te llamaré en cuanto vuelva. ¿Me promete portarse bien?

Te limitaste a afirmar con la cabeza. Tenías los ojos húmedos.

—Sea valiente —dijo él lenvatándose y te alborotó el pelo—.

Pensá en lo que te dije —se agachó a darte un beso en la mejilla.

Sacaste un cigarrillo de tu bolso y empezaste a fumar sin enfocar la mirada.

Será horrible la vida sin Eduardo. Una cadena de días monótonos. ¿Por qué será tan misterioso? "no tratés de llamarme, no me preguntés nada." ¿Cuántos días irá a estar ausente? Es horrible esto de que lo dejen a uno en el limbo. Tiene razón mamá. Los males no vienen solos. Primero lo del matadero y ahora Eduardo que se va. Justo ahora, cuando más lo necesito.

Iré a ver a Monseñor, te animaste de pronto. El debe saber. A él le puedo decir que lo vi en *Los Angeles Times.*

Le hiciste señas al mozo, le pediste la cuenta y le dijiste que por favor te pidiera un taxi.

Mientras lo esperabas terminaste de beber tu cerveza.

—Perdone que lo moleste, Monseñor —dijiste tomando asiento en una silla frente a él, pero me acabo de enterar que nueve hombres fueron decapitados en el matadero de mi marido. ¿Sabe usted algo de eso?

Monseñor se hamaqueaba en su mecedora con las manos enlazadas sobre el vientre, dándole la espalda a un retrato del Papa.

—Así es —dijo en tono grave—, recibimos la información el día nueve, hace ya casi una semana.

—Ernesto no me ha dicho nada —te exaltaste—, ¿cómo es posible? Le aseguro que él no tiene que ver con eso. Oligarca y todo lo que usted quiera, pero incapaz de ser cómplice de semejante crimen.

—Lo sé, hija, lo sé, —trató Monseñor de tranquilizarte—, sin duda alguna es inocente.

—¿Por qué no me ha dicho nada? —se te quebró la voz.

—Seguramente para evitarle una preocupación.

—¿Cómo es posible que nadie haya dicho nada?

—En mi homilía del domingo lo voy a denunciar.

—Tenga cuidado, Monseñor.

—La violencia y el crimen se han desatado en el país y es nuestro deber denunciar estos hechos que no se pueden tolerar.

—Temo por su vida. Los que son capaces de semejante horror no van a detenerse ante la cruz —dijiste mirándolo con ansiedad. Tenías los ojos brillantes y te temblaba la voz ligeramente.

Monseñor te miró con ternura.

—Si me matan resucitaré en mi pueblo.

Te estremeciste con la sencillez, mejor dicho con la profundidad de su fe.

Después de una corta pausa dijiste a media voz:

—De aquí en adelante quiero trabajar más con usted. Quiero empezar a tener contacto con mi gente. ¿Cree que podría ayudar en algo?

—Por supuesto. A llevar mi correspondencia internacional por ejemplo. ¿Habla inglés, verdad?

—Sí, y también me defiendo en francés. ¿Cuándo puedo

empezar?

—Mañana mismo si quiere.

—¿Qué le parece si vengo dos veces por semana? Martes y jueves, digamos.

—Magnífico. Dígaselo a la Carmencita para que tome nota.

—Gracias, Monseñor por haberme recibido —te pusiste de pie—, sé lo ocupado que está y no quiero quitarle más su tiempo. Créame, Ernesto es inocente.

—No me cabe la menor duda —dijo él acompañándote a la puerta—. Mis respetos a su mamá y dígale que nunca la olvido en mis oraciones. Es una verdadera cristiana doña Cata.

—Hola —dijo Ernesto—, ¿ya cenaste? Tuve mucho que hacer en la oficina.

—Te estaba esperando. ¿Quieres un whisky antes de cenar?

—No es mala idea.

—Tere —llamaste—, traeme hielo, por favor. Dentro de unos quince minutos puedes servir la cena.

Te acercaste al bar y serviste dos whiskies dobles.

Ernesto, con la corbata desanudada y el cuello de la camisa abierto se sentó en uno de los sillones y descansó los pies en la mesita de centro.

—Hoy estuve donde Monseñor —dijiste mientras le alcanzabas el vaso y te sentabas.

—¿Otra vez? —dijo él disgustado.

—Sí, me enteré de cosas horribles, como por ejemplo de que en tu matadero decapitaron a nueve muchachos.

Ernesto sorbió su whisky y no hizo ningún comentario.

—¿Lo sabías?

—Sí. Se están haciendo investigaciones.

—¿Y por qué no me habías dicho nada?

—No quería preocuparte con semejante horror.

—¿Cómo es posible, Ernesto? El Salvador de repente se ha convertido en un gran guiñol, en uno de esos esperpentos de Goya. ¿Se sabe con seguridad que fue en tu matadero?

—Así parece. No hay otro serrucho eléctrico en el país. Lo que no me puedo imaginar es quién fue el cómplice.

—¿Tiene Fernando una llave?

—¿Por qué esa inquina con Fernando? Sí, tiene una llave y también Ricardo y Francisco y Filiberto. De ninguno de ellos sospecho.

—Fernando estuvo en la Policía de Hacienda y de un lugar así no se sale inocente —lo miraste a los ojos—, tiene muchos amigos allí.

—¿Quierés que lo acuse así nomás?

—Por supuesto que no. Ojalá y me equivoque.

—¿Y de qué más te enteraste donde tu querido Monseñor?

—¿Te parece poco? La otra novedad es que empezaré a ir al Arzobispado dos veces por semana para ayudarle a Monseñor con su correspondencia internacional.

Ernesto bebió otro sorbo de whisky y con el vaso en la mano se levantó sin decir más.

—¿Te aviso cuando esté la cena?

El desapareció en su estudio y como único comentario dio un sonoro portazo.

Cada vez te interesaba menos tu novela. Sin embargo, desde que Eduardo se marchó hacías un esfuerzo para trabajar en ella todos los días, aunque fuera un ratito.

Qué falta me hace, pensaste mientras sacabas tus cuadernos. Apenas diez días y ya su ausencia me resulta insoportable.

Le llevaré a don Tino el capítulo que le prometí. Creo

que el segundo es el más logrado.

"La primera vez que se vieron fue en el Chalo's bar. Estela estaba sentada a una mesa con dos amigos y en el piano tocaban *Yo sé que nunca*. De pronto ella tuvo la sensación de que alguien la miraba intensamente y volvió a ver.

Alberto, que bebía solitario una cerveza levantó el vaso y le sonrió."

Encuentro todo esto tan insípido. Pura telenovela. Estela — Alberto

Estela, la mujer casada que no se entiende con su marido.

Alberto, el joven poeta revolucionario.

Pese a su diferencia de edades y de clase se enamoran, pero él tiene que irse a la clandestinidad.

Qué absurdo. Decapitan a nueve hombres en San Salvador, supuestamente en el matadero de mi marido y yo empeñada en escribir una insulsa novela de amor.

"Mi mayor ilusión es poner mi poesía al servicio de mi pueblo", te dijo una vez Eduardo, "para lograrlo debo procurar escribir cada vez mejor." Lo que pasa es que vos tenés talento, chiquito, además de un ideal bien definido. En cambio, ¿yo?

"Dichosa," me decían mis amigas, "te llevaste el mejor partido del país:" millonario, guapo, alegre, educado en Londres." Así era en realidad. Así, según la yo de ese entonces. Me casé profundamente enamorada. Lo que decía Ernesto era el credo para mí. Mi primer acto de rebeldía fue hace unos meses, al inscribirme en el taller. ¡Oh tragedia! Fue como si de pronto se hubiera sentido amenazado, como si le temblaran los cimientos. Qué difícil ser mujer. Por lo menos aquí. Si obedeces acabas embruteciéndote, si empiezas a desobedecer las consecuencias son duras.

Volviste el capítulo segundo, hiciste lo posible por concentrarte y corregiste algunas páginas.

Por ahora no puedo mejorarlo más. Seguramente me lloverán los palos.

Cerraste el cuaderno y abriste el otro, el de tapas rojas.

El domingo 18 de agosto, empezaste a escribir, Monseñor denunció el crimen de los decapitados en su homilía. Ayer una bomba destruyó su emisora. Según él dentro de pocos días la YSAX estará de nuevo en el aire. Ojalá y no lo maten.

Raro el sueño de anoche, seguiste escribiendo a continuación. Un lindo león con melena amarilla estaba echado muy cerca de mí. De repente un hombre sin rostro surgió a mi lado y me extendió la mano. Yo le extendí la mía y me sobrecogí. La suya era como la de un mono, con la palma áspera y las uñas como garras. Se lo dije al león, todavía temblando y él me volvió a ver con soberano desprecio y me dijo: "¿Qué hay de extraño en eso?"

Había también una sombra, como otro león que pasaba, era un animal de pelo negro, pero no me acuerdo bien.

Sonó el teléfono. Te levantaste de inmediato.

A lo mejor es él. Dijo que me llamaría en cuanto volviera.

—Aló. ¿Habla Lorena?

—Sí, ¿Quién es?

—Un antiguo admirador suyo.

Una mueca de sorpresa y aprensión se te dibujó en el rostro.

—Sólo quería decirle que desde hace varios días me ha robado el sueño. Tiene usted las piernas...

Te paralizaste, pero seguiste escuchando unos instantes tratando de reconocer la voz.

—Le aseguro que podría hacerla muy feliz.

—Asqueroso de mierda —colgaste con un golpe seco.

Sentías que todo el cuerpo te temblaba. Qué porquería, te indignaste. ¿Quién será el cretino?

Guardaste los cuadernos bajo llave y decidiste ir a nadar

un rato. Después de la llamada te sentías pegajosa, como si alguien te hubiera ensuciado. ¿Será Fernando capaz?

La clase te resultó entretenida. Las críticas no fueron tan devastadoras como te lo habías imaginado. Todos estuvieron de acuerdo en que manejabas el diálogo bastante bien.

A lo mejor terminaré la novelucha, te dijiste mientras te dirigías a tu MG. Raro que Margarita también haya desaparecido. ¿Andarán juntos?, sentiste de pronto una oleada de celos. Qué importa. Eduardo jamás se enamoraría de alguien con esa cara de pájaro y esas piernas flacuchas.

Te acercaste a tu coche y viste, prensado en el vidrio por el limpia parabrisas, un papelito. Era suyo, era su letra. Lo leíste con el corazón dándote tumbos:

"Gatita, estaré ausente por mucho tiempo. Prometeme portarte bien. Sigo creyendo que unas vacaciones te son necesarias. Me hacés una falta sin fondo." E.

Entraste al auto, cerraste los ojos y apoyaste la cabeza en el timón. Está aquí. ¿Por qué no me llamó? ¿Por qué no me dio una cita? Iré al apartamento. No. Puede ser peligroso para él.

Debes serenarte, Lorena, te dijiste arrancando el auto. Está aquí, está aquí. "Estaré ausente por mucho tiempo". ¿Qué querés decir con eso? ¿Un mes, dos? ¿Cuánto es mucho tiempo, Eduardo? Para mí estos días se han hecho siglos. No puedo comunicarme con nadie, ni siquiera con mamá. Es como si hubiera un vidrio entre cualquier persona y yo.

Está aquí, está aquí, te repetías una y otra vez. ¿Cómo es posible que no nos veamos?

Te fijaste de pronto que ibas a toda velocidad y empezaste a disminuir. ¿Por qué este afán de correr? Ni siquiera cuenta me doy. Manejo automáticamente, me visto automáticamente, desde que te fuiste todo lo hago automáticamente. Te equivocás, mi amor, no me iré a ninguna pare. Nadie como vos me había marcado así. Con letras de fuego me has marcado y tengo toda la intención de pagarte con la misma moneda. Jamás te podrás olvidar de mí. Pulgada a pulgada te iré marcando con mi lengua de fuego. Me enrollaré a ti con todos mis

anillos, subiré por tus muslos, danzaré en tu espalda y en tu vientre, te morderé en el cuello, me beberé tus ojos, tu saliva, beberé tu sudor, mi sudor mezclado con el tuyo, me hincharé de ternura y después de ese abrazo no podrás ya nunca borrar mis indelebles marcas. Te amo, Eduardo, tengo hambre de vos, un hambre que me crece hasta el dolor.

—Hola, hijita, tenía los ojos secos de no verte.

—Perdón que hasta ahora me aparezco, pero no te imaginas lo ocupada que he estado.

—Ya sé. Qué bueno que estés trabajando con Monseñor. Ven, vamos al comedor, la Chon estaba por servirme mi café.

Se sentaron a la mesa del comedor de madera oscura y la Chon les llevó una bandeja con pan dulce y café.

—¿Cómo va ese taller?

—Bien. Hoy discutieron un capítulo de mi novela en la clase y parece que les gustó.

—No me aguanto por leerla. Siempre creí en tu talento para escribir. Desde chiquita te encantaba aprenderte poemas de memoria. Los que más te gustaban eran "Los Zapatitos de Rosa" y "Margarita está linda la Mar."

Te limitaste a sonreír.

—Te noto demacrada —dijo doña Cata—, ¿te sientes mal?

—No sé lo que me pasa mamá, me siento harta de todo, de Ernesto, de todos sus amigos, de mí. Es como si me hubiera declarado la guerra, como si alguien me hubiera expulsado de mí misma.

—¿Por qué no me haces caso y te vas un tiempito a Europa?

—De nada serviría. Me llevaría conmigo mis problemas y antes debo resolverlos. Además Neto y la Diana ya pronto volverán a la universidad. ¿Qué te pareció lo de la bomba?

—Un horror.

—Odian a Monseñor. Te juro que temo por su vida.

—Yo también —suspiró doña Cata.

—¿Ya te diste cuenta que los periódicos todavía no han dicho nada de los decapitados?

—Así es. No se atreven.

—Es un asco este país.

—¿Te llamó la Maruca? —dijo doña Cata procurando desviar la conversación.

—No —dijiste distraída.

—Dijo que quería hablar contigo. Está entusiasmada con la comunidad de Suchitoto.

—Qué bueno. La próxima vez iré con ustedes, a mí también me entusiasmó. Qué rico este pan dulce —alcanzaste de la cesta otro pedazo—, perdón si estoy nerviosa, pero es que fíjate que hoy, justo antes de salir para la universidad, me llamó por teléfono un tipo sólo para decirme obscenidades.

—¿Cómo? —se alteró doña Cata.

—Tal como lo oyes.

—¿Se lo dijiste a Ernesto?

—No. No llegó a almorzar.

—¿Quién podrá ser?

—No reconocí la voz, pero sólo Fernando se me viene a la mente.

—Pobre hombre, hijita, no sé qué tienes con él.

—El otro día llegó a la casa y no paraba de piropearme. Si hubieras visto con la insolencia que me miraba.

—No me digas.

—No me gusta nadita ese tipo.

—Ha sufrido mucho. Acuérdate que su mamá se fue con otro cuando él todavía no tenía cinco años y el padre lo apaleaba cada vez que se emborrachaba.

—Estudió con los salesianos, ¿verdad?

—Sí, Tu papá quería que aprendiera un oficio.

—Creo que lo que lo arruinó fue haberse metido a traba-

jar en la Policía de Hacienda.

—No creo que fuera él —dijo la madre—, pero en fin, puede ser. Tienes que decírselo a Ernesto, hijita.

Te encogiste de hombros.

Continuaron tomando café y comiendo pan dulce casi en silencio.

—A veces siento como si estallaran terremotos dentro de mí —dijiste en voz baja—, como si mis placas terrestres estuvieran en desacuerdo y chocaran las unas contra las otras constantemente.

—Dile a la Tere que te prepare esta noche un té de hojitas de naranjo. Eso calma los nervios. Y de ahora en adelante deja que ella conteste el teléfono y te dé la razón.

Si supieras, pensaste y se te dibujó en el rostro una sonrisa.

—¿Cómo van las cosas con Ernesto? —se aventuró doña Cata.

—Cada vez peor. Desde que empecé a trabajar con Monseñor casi no me dirige la palabra.

—A lo mejor piensa que es culpa mía.

—A lo mejor. Es tan estúpido.

—¿Qué te pasa hijita?

—Nada, que estoy harta.

—Procura ser más cariñosa con él. Interésate por sus cosas. No lo ataques siempre. Eso de los decapitados debe haber sido un golpe duro.

—No creo. Según entiendo ya las investigaciones están paradas, lo cual te prueba que los altos mandos están involucrados y ni a Ernesto ni a todo el resto de los oligarcas les conviene estar mal con los militares.

Doña Cata guardó silencio y tú pensaste en Eduardo, en que quizás te llamara uno de estos días, en que si le decías a Ernesto lo de esta mañana, como sugería tu madre, con seguridad cambiaría el número.

Miraste tu reloj pulsera. Eran casi las seis.

—Tengo que irme —te levantaste.

—¿Por qué tan pronto? Quedate un rato más.

—Estamos invitados a cenar donde Francisco y Laura. Es en honor de unos gringos que acaban de llegar. No te imaginas cómo me gustaría evitar esa cena.

—Tienes que aprender a ser paciente —dijo doña Cata y te dio un beso—, y que no se te olvide decirle a Ernesto. Tu teléfono no está en la lista, ¿verdad?

—No. Eso es lo más raro. Adiós, mamá. Te llamaré mañana. No te preocupes por mí.

Agosto 29.

Como era de esperarse, escribiste en tu diario, la cena donde los Perdomo fue exactamente igual a todas las cenas que ofrecen nuestros amigos: whisky, caviar, *saumon fumé,* vinos finísimos, postres de cuentos de hadas, champagne y aburrimiento.

La mesa estaba puesta con un mantel de lino bordado a mano, traído de España, y había un centro de mesa prodigioso que se lo encargaron a un japonés. Todo el mundo elegantísimo y la conversación estúpida como siempre. Se comentó la película *El portero de noche* que a nadie, salvo a mi le gustó y se comentó también la exposición de San Avilés. Milagrosamente todo el mundo estuvo de acuerdo en que era una maravilla. Está de moda.

Nadie dijo una palabra acerca de los decapitados. Yo tampoco.

Oíste el carro de Ernesto que entraba al garage y dejaste de escribir.

Qué raro, ¿por qué habrá venido tan temprano?, no son las doce todavía.

Te apresuraste a guardar los cuadernos y le echaste llave a la gaveta.

—Lorena —rugió Ernesto desde el corredor—, bajá en seguida.

¿Qué habrá pasado?, te inquietaste bajando de prisa la escalera.

—¿Qué pasa —dijiste.

—Vení conmigo a mi oficina.

Deben haber encontrado al cómplice, te sentaste en el sillón de cuero negro frente al enorme escritorio de caoba.

Ernesto estaba pálido. Se sentó en su silla giratoria con una hoja de papel entre las manos.

—¿Qué ocurre?

El te alargó el papel mecanografiado.

—¿Qué tenés que decirme sobre esto?

Empezaste a leer:

"Estimado amigo:

Muchos días estuve pensando en si debía o no enviarle esta misiva. Al fin decidí hacerlo. Creo que es mi deber ayudarlo a salir del pozo de ignorancia en el cual está sumido. Su encantadora señora esposa tiene relaciones con un subversivo. Hace aproximadamente dos semanas la vi salir del apartamento de dicho individuo situado en la calle Manzano del Barrio San Jacinto.

"Perdón por el dolor que seguramente le he causado, pero repito, creo que es mi deber hacérselo saber.

"Un amigo."

Hiciste lo posible por mantenerte serena mientras leías.

—Un anónimo asqueroso —pusiste el papel sobre la mesa con un gesto de desprecio.

—¿Lo vas a negar o tenés algo que decir?

—Es cierto —dijiste con voz firme—, hay un muchacho en la universidad que me ayuda con la novela. A veces después de clase conversamos un rato en el café de la esquina y yo le doy algunas de las páginas que he escrito para que me las critique.

—¿Cómo? ¿Mi mujer en esas intimidades con un desconocido cualquiera?

—No es un cualquiera. Es un muchacho muy inteligente.

—Bien dicen que la cabra pal monte tira —te miró con rabia. ¿Por qué fuiste a su apartamento?

A eso iba. Hace como un mes le di un capítulo de la novela y como faltó a clase varias veces y yo lo necesitaba, averigüe su dirección y fui a verlo para que me lo devolviera.

—Sos totalmente loca. Loca y estúpida. Te prohíbo que sigás yendo a esas clases.

—Lo siento, Ernesto, pero no estoy dispuesta a obedecerte. Por primera vez hago algo que me interesa.

—He dicho que te lo prohíbo —dijo apretando la mandíbula—, en esta casa mando yo.

Te limitaste a cerrar los puños.

—Tampoco quiero que sigás yendo al arzobispado. Soy el hazmerreír de mis amigos.

Nunca lo habías visto así. Te recorrió las vértebras el miedo.

—Otro ya te habría echado de su casa por esto —señaló el papel—, yo en cambio me limito a prohibirte que cortés esas amistades que ningún bien nos hacen ni a vos ni a mí.

—¿Nada más? —te levantaste sin decir nada y te dirigiste a tu habitación.

—Y tampoco a las comunidades cristianas —rugió de nuevo mientras tú te alejabas con lágrimas de rabia.

Cerraste la puerta, te recostaste en la cama y encendiste un cigarrillo.

Estúpido de mierda, ¿quién se cree que soy? Debo mantenerme firme. O sigo haciendo lo que me da la gana o me voy de esta casa. Esto último será lo mejor. ¿Quién habrá mandado el anónimo? Tiene que ser el mismo que llamó. Es un imbécil Ernesto. ¿Qué quiere de mí? El próximo paso será que deje de ver a mamá.

Sonó el teléfono.

Alargaste el brazo para descolgar el auricular, pero Ernesto se te adelantó, desde su oficina.

—Aló, —dijo—, ¿quién habla?

Silencio.

—Aló —bramó esta vez—, ¿quién habla?

Silencio.

Escuchaste el golpe brusco y de nuevo sentiste miedo. Colocaste el auricular en su lugar e instintivamente te pusiste de pie.

En mangas de camisa y con el rostro descompuesto Ernesto irrumpió en la habitación y sin decirte nada te dio una bofetada en la mejilla con la mano abierta.

—Puta —gruñó—, sos una puta.

Te quedaste inmóvil, sin poder articular palabra, por un minuto largo.

Desgraciado —musitaste cuando oíste el carro que salió bufando del garage—, qué suerte que por lo menos te puse bien los cuernos.

Cerraste la puerta con llave, te hundiste en tu sillón danés de cuero café y empezaste a sollozar. ¿Qué hago, Dios mío, qué hago? No puedo quedarme aquí. A lo mejor ha vuelto y era él. Lo llamaré en seguida. No. Puede ser peligroso. Intentaré de todos modos. Primero debo serenarme, pensar paso a paso en lo que debo hacer. Me iré de aquí, eso está claro.

Fuiste al baño a lavarte la cara y marcaste el 743210. El teléfono empezó a sonar. Sonaba y sonaba en un cuarto vacío.

Quizás está en el baño, dejaste que el teléfono siguiera sonando.

Por fin colgaste y marcaste el número de tu madre.

Contestó la Chon.

—Está en Suchitoto con la niña Maruca. Me dijo que no la esperara a almorzar.

Volviste a marcar el número de Eduardo. Sonaba y sonaba. Te imaginaste los muebles llenándose de polvo, las telarañas en la pared, el piso inundado de agua por las goteras.

Colgaste y marcaste el número de Ruth, la única amiga a quien todavía sentías cercana.

Contestó la empleada.

—No está —dijo—, se fue a ver los vestidos que acaban de llegar al *Vogue*.

Mejor, pensaste, ¿qué es lo que tengo que decirle?

Debo hablar con alguien, hablar de cualquier cosa, comunicarme, te decías paseándote por la habitación. Nadie con quien poder desahogarme. Debo preparar a mamá. No quiero hacerla sufrir. Quizás la Maruca. Menos mal que los cipotes no están aquí. Qué lindo sería hablar con ellos. La Diana ya debe estar en París. Su voz sería casi una presencia. Llamaré a Neto. Si aquí va a ser la una en Escocia serán como las siete.

Sacaste de la gaveta de tu mesa de noche la libreta de direcciones y encontraste el número.

—¿Cuánto tarda la comunicación, señorita?

—Está bien. Póngala.

Empezaste de nuevo a pasearte con los puños crispados. ¿Qué hago, Dios mío, qué hago? Me tocó por fin decidir entre dos mundos. Odio a Ernesto. Es un cobarde. Más que odiarlo me repugna. ¿Qué le diré a Neto? Por el momento nada. Ya habrá tiempo de explicarles. Eduardo, Eduardo, cómo te necesito.

Te acercaste de nuevo a la mesita de noche y volviste a marcar el 743210. Nada. Sonaba y sonaba el teléfono. Como un taladro sonaba en tus oídos. "Estaré ausente por un largo tiempo" decía la nota.

Colgaste y volviste a sentarte en el sillón. Por la ventana miraste el jardín. Era lindo. Todo estaba verde. El agua azul de la piscina reflejaba al viejo conacaste siempre lleno de pájaros en la mañana.

Con la punta de los dedos te acaricaste la mejilla enroje-

cida.

Cobarde, infeliz, cómo te desprecio. No puedo quedarme aquí. No puedo pasar otra noche en esta casa. ¿Y si me llama Eduardo?

Volviste a marcar su número. Esperaste hasta que el teléfono sonó diez veces y colgaste.

Llamaste a la Tere con el timbre y abriste la puerta.

—Por favor traeme la valija café de cuero que tiene mis iniciales.

Tere te miró con curiosidad.

—¿Quiere también su *necessaire* ? —dijo—, ¿o sólo la valija?

—El *necessaire* también.

Entraste al vestidor y descolgaste tres vestidos.

Sonó el teléfono.

¿Será posible que sea Escocia tan pronto?

—Su comunicación con Escocia.

Apenas unos minutos.

—Hello. Could I speak with Ernesto Quintero?

———

—Hola, hijito, ¿cómo estás?

———

—No, no pasa nada. Simplemente quería oír tu voz, saber de ti.

———

—¿Qué bueno? ¿Cómo va ese golf?

———

—¿Por qué no vas a París? Te va a encantar.

———

—Qué suerte que te encontré. ¿Has sabido de la Dianita?

—¿Todavía en Roma?

———

—Bien, muy bien.

———

—Gracias, hijito. Ya me estoy poniendo vieja. Escríbeme contándome detalladamente tus vacaciones. Ese será el mejor regalo. Debe ser lindo Escocia.

———

—Bueno, adíós, hijito. Te quiero mucho.

Tere volvió con la valija.

—¿Quiere almorzar? —preguntó.

—No, no tengo ganas. Preparame un whisky con soda y me lo traes aquí.

El teléfono volvió a sonar.

—¿Quién habla?

—¿La Lorenita?

—¿Quién es? —dijiste sintiendo un vacío en el estómago.

La misma voz apagada.

—Su admirador de siempre.

—En vez de colgar seguiste escuchando. Tenías que darte cuenta si era la voz de Fernando. Seguiste por unos segundos escuchando obscenidades. Por fin el asco pudo más y colgaste el auricular.

Tere volvió con el vaso de whisky en una pequeña bandeja de plata cubierta con un mantelito de lino bordado.

—¿Se va de viaje, niña Lorena?

—No. Voy donde mi mamá. No se siente bien —mentiste y voy a acompañarla unos días.

Te arrellanasta en el sillón con el whisky en la mano. ¿Se habrán dado cuenta las sirvientas? Hasta el vecindario deben haber llegado sus gritos. Cada vez se pone más grosero. ¿Cuándo empezó a cambiar? "El poder corrompe," decía papá. Qué razón tenía. ¿Quién será ese desgraciado que me llama? Imposible reconocer su voz. Tarado, musitaste, anormal, asqueroso. Debí habérselo dicho a Ernesto. Bueno, ya

no importa ahora.

Me hizo bien hablar con Neto. Es lindo mi hijo, tiene un gran corazón. Le escribiré más seguido, procuraré acercarme más a él, le presentaré a Monseñor. Cómo quisiera evitarle que se lo tragara este ambiente. Me gustaría que la Diana se quedara a vivir en Europa, que se casara allá. Si me oyera Eduardo se pondría furioso. Nunca lo he visto furioso. Nos conocemos tan poco, en realidad. Estoy segura de que jamás le pegaría a una mujer. Mucho más caballero que todos estos oligarcas podridos que piensan que el pisto lo puede todo.

Pusiste el whisky sobre la mesita de vidrio y empezaste a echar desordenadamente en la valija algunos vestidos, un par de blue jeans, ropa interior, dos pares de zapatos, dos pijamas, una bata y las chinelas azules.

En el *necessaire* echaste tus artículos de tocador y tus dos cuadernos. También un frasquito de somníferos que Ernesto tenía siempre a mano.

Marcaste una vez más el 743210. Nada. Como taladro sonaba el timbre en tus oídos, como grito destemplado en la pieza vacía, que rompía en añicos el silencio.

Colgaste de nuevo. Sorbiendo despacio tu whisky saliste a la terraza. El viejo Juan, curtido por el sol estaba allí encorvado echando veneno para los zompopos alrededor de los rosales.

Quince años trabajando para nosotros y ni siquiera sé su apellido.

Emana soledad el rostro de Juan. Sufrimiento y soledad. El de Ernesto poder y seguridad absoluta. Insolencia emana. El de Eduardo ternura, inteligencia y ternura.

Volvió el teléfono a sonar y te apresuraste a desconectarlo.

Estúpido de mierda, susurraste, tu rostro, si no me equivoco en quien eres, emana servilismo y frustración.

¿Y el mío? te volviste a ver en el espejo. Todavía tenías colorada la mejilla. Colorados los ojos. No sé, regresaste a tu sillón sorbiendo el whisky. Se fue para siempre la muchacha que hasta hace poco asomaba. Si me quedo un minuto más

aquí, empezará a emanar estupidez y terror. Siempre me fascinaron las máscaras, los bailes de antifaces y de máscaras, me sentía más libre escondiéndome detrás de ellas y ahora se han vengado, se apoderaron de mí. Me resulta difícil saber cuál es mi propio rostro. Patas de gallo, ojeras. Me estoy poniendo vieja. Qué suerte que las manchas se me han detenido. Eduardo no las ha notado. Por lo menos nunca me ha dicho nada. Es tan joven Eduardo. Dentro de diez años yo seré una ruina menopáusica y él estará en su plenitud. Bueno ¿y qué? Estoy dispuesta a vivir este ahora que es todo lo que tengo.

Volviste de nuevo a mirar el jardín. Juan seguía agachado sobre las plantas. Sentiste una punzada de remordimiento.

Como una nube densa lo va envolviendo a uno el egoísmo. "Hay que guardar distancia con la servidumbre", repite mi suegra. No me traga. Jamás me tragó. Hubiera querido otra millonaria para Ernesto. Inteligente la vieja. Se saldrá con la suya. Mamá nunca fue así. Siempre preocupándose por los problemas de sus empleadas. Si no fuera por Eduardo jamás se me habría ocurrido pensar en estas cosas.

Pusiste el vaso casi vacío sobre la mesita y fuiste al hall a mirar los libros.

—El I-Ching —exclamaste—, no debo olvidármelo.

Hacía unas semanas Eduardo te lo había regalado. "Para mí es un libro sagrado," dijo mientras te explicaba cómo se usaba. "Nunca le hagás preguntas tontas. Es un libro al que hay que tratar con reverencia, una especie de guía espiritual."

Lo consultaré enseguida, pensaste sacándolo de la librera. No, estoy demasiado alterada. En casa de mamá, allá lo haré.

Sacaste del estante *Bajo el Volcán*, *Bestiario* de Cortázar *Las Cartas a Milena* y *El Aleph*, todos regalos de Eduardo. Los echaste en la valija. Sobre tu mesa de noche tenías las poesías completas de Rubén Darío. También las echaste.

Es todo, no necesito más. Ah, sí, algunos cassettes.

Cerraste la maleta y miraste el teléfono. Marcaste el número del arzobispado y le dijiste a Carmencita que no irías hoy, que te sentías mal. Volviste a marcar el número de

Eduardo. Sonó y sonó el timbre en el cuarto vacío. Nada más solitario que un teléfono que suena en un cuarto vacío, pensaste mientras te ponías tus anteojos oscuros.

No te molestaste en llamar a Tere. Tú misma, con tu bolso de cuero y tu *necessaire* al hombro bajaste la valija por la escalera. No pesaba mucho.

—¿Por qué no me llamó para que se la bajara? —corrió solícita Tere a tu encuentro.

—No importa. Gracias, ponela en el asiento del carro, por favor.

—Meches —dijiste entrando a la cocina—, estaré ausente unos días, no se olvide de la dieta de don Ernesto. Tiene prohibidos todos los condimentos.

—No se preocupe —dijo la vieja Meches con su sonrisa desdentada—, aquí se lo vamos a cuidar bien, ¿oye? Que se mejore su mamá.

Te despediste de la Tere, de la Francisca, de la Filomena. Todas, en sus uniformes rosa habían acudido al corredor y te miraban con curiosidad y ternura.

El perrito salchicha de la Diana te miraba también ladeando la cabeza y moviendo la cola.

Le dijiste adiós con la mano al jardinero y respiraste hondo. Hacía un día espléndido. La lluvia de los días anteriores había refrescado el aire y el cielo estaba azul, con una que otra de esas nubes gordas con borde plateado que a ti tanto te gustaban. Al fondo de la calle se divisaba el volcán San Salvador.

Tiene razón Eduardo. No hay paisaje más bello que el de este país.

Te sabías el camino con los ojos cerrados y sin embargo hoy todo te parecía nuevo.

Como siempre que no llovía llevabas la capota baja y el viento te alborotaba el pelo.

"Life is a beautiful thing," empezaste a tararear una de las canciones de Ella Fitzgerald, sintiéndote de pronto extrañamente ligera y casi alegre. "What a world, what a life, I'm

in love." Estoy enamorada, por primera vez, a los cuarenta y dos años he descubierto el amor y me dispongo a vivirlo plenamente. "I'm in love, I'm in love," gritaste con todas tus fuerzas mientras salías de la Colonia Escalón.

El futuro, como un pergamino luminoso se empezaba a desplegar ante tus ojos. Sería fácil olvidar a Ernesto, a tu pasado. Le ayudarías a Eduardo en todo lo que pudieras. Eras libre, libre, te habías salido de la línea recta por la que te habían enseñado a caminar y descubrías que las desviaciones eran peligrosas, pero mucho más estimulantes.

Al llegar a la esquina con el anuncio de Alka Seltzer te fijaste en que en el muro había tres seises pintados en rojo vivo.

Los pinté yo para avisarte.

Te preguntaste si sería una nueva marca de cognac español.

Viraste hacia la izquierda y tocaste el claxon frente a la casa de tu madre.

—¿Qué tal? niña Lorena —sonrió la Chon.

—Abrime el garage, por favor. Voy a dejar el carro adentro.

—¿De viaje? —preguntó asombrada mientras te ayudaba a bajar las maletas.

—No. Como regalo de cumpleaños decidí venirme a pasar unos días con ustedes.

—Cómo va creer se te quedó viendo la vieja que te conocía desde que eras casi una niña.

—¿No te dijo mamá a qué horas iba a regresar?

—No, no me dijo nada, sólo que no la esperara a almorzar, pero sí como que la oí decir que la niña Maruca la había invitado al cine.

Mucho más cariñosa que yo a pesar de ser sólo la nuera, sentiste de nuevo una punzada.

—Qué lindas están las hortensias —volviste a ver una maceta con hortensias azules que le habías regalado a tu madre.

—Si usted viera cómo las chinchinea su mamá —se echó a reír la Chon—, les habla, les pone música, dice que eso es bueno para las plantas, no haya qué hacer con ellas. ¿Le cuelgo sus vestidos?

—No te molestés, ya lo haré yo. Dejá aquí las valijas y traeme un vasito de agua bien helada, me muero de sed.

—¿No quiere mejor un fresquito?, tengo de tamarindo.

—No, sólo un vaso de agua.

—La vieja Chon se alejó arrastrando los pies hasta la cocina.

No es justo, toda una vida sirviéndonos y a pesar de que mamá es tan buena jamás se le ocurriría invitarla a comer con ella en la misma mesa.

—Aquí está su agüita —dijo la Chon escrutándote el rostro.

—Sentate, Chon, platiquemos un rato.

La Chon se sentó al borde de la silla y tú te quitaste las gafas.

—Ya sé que en este entierro yo no tengo candela —dijo la vieja—, pero a usted algo le pasa.

—No —mentiste—, estoy cansada de tantas fiestas, de tanta gente siempre en mi casa.

Hubo un rato de silencio.

—Decime, Chon —dijiste—, ¿vos conociste a Fernando?

—Sí, cómo no, le cobraba los recibos al doctor.

—¿Qué pensás de él?

—Hace tiempos que no lo veo, pero era un muchacho bien formal, callado, estudioso. Su papá lo quería mucho.

A lo mejor me equivoco.

—¿Y tu hija, ¿cómo está?

—Allá en Atiquizaya llenándose de hijos. Hace unos días vino el mayorcito a verme. Quiere ser albañil.

—¿Cuántos años tiene?

—Ya va para quince. Yo le digo que mejor estudie para técnico de radio, que eso da más, pero como que la cabeza no le da para mucho.

—Tus otros hijos murieron chiquitos, ¿verdad?

—Sí, todos de disentería. Sólo me quedó la Juana —dijo mirando al suelo con tristeza.

—Hoy recibió su mamá carta de la Dianita —se le iluminó de pronto el rostro—, le gusta mucho Italia.

—¿Dónde está? Me encantaría leerla.

—Su mamá se la llevó con ella. Quería enseñársela a la niña Maruca. A usté la llamó para léersela, pero su teléfono daba siempre ocupado.

Pusiste el vaso de agua sobre la mesita de centro y te encaminaste sin decir nada al dormitorio de tu madre. Allí sobre la mesita de noche te esperaba el teléfono. Volviste a marcar el 743210.

Soy idota, sé que no está, pero un milagro tal vez.

Sonó y sonó el timbre hasta que se cortó. Saliste de nuevo al corredor. La Chon había desaparecido con las valijas. Te quedaste un largo rato mirando el patio que tanto te gustaba con los cuatro arriates llenos de flores y la fuentecita enmedio.

Es linda esta casa, tiene algo especial. Bien dicen que las casas se parecen a sus dueños.

Volviste al cuarto de tu madre y sacaste su grabadora.

Trataré de dormirme oyendo música.

Entraste a la habitación que había sido tuya. Era sin duda la más alegre de la casa. El mosaico del piso tú lo habías elegido cuando eras una niña. Era en forma de rombos amarillos y blancos.

Había una gran ventana que daba al patio. Todos los cuartos daban al patio. Los muebles de madera estaban pintados de gris claro. Las cortinas y el cobertor eran también amarillos, tu color preferido.

Encontraste a la Chon atareada guardándote la ropa.

—Dejalo todo así como está —dijiste—, poniendo la grabadora en tu mesa de noche—, ya lo arreglaré yo después. Decile a mamá que por favor no me despierte para cenar. Quiero dormir y dormir.

—Mañana es su cumpleaños, ¿verdad?

—Sí. Ya no hay que celebrarlos más.

—Su mamá le tiene una sorpresa bien linda.

—¿Qué es?

—No le digo, si no no tendría gracia. ¿De qué quiere que le haga su cake?

—De chocolate. Por favor traeme otro vasito de agua —agregaste—, voy a tomar unas pastillas para dormirme en seguida.

—¿No quiere mejor un té de hojitas de naranjo? —ofreció la Chon—, esas pastillas son malas.

—No, apenas dos me voy a tomar.

La Chon salió arrastrando los pies y tú quitaste el cobertor y te sentaste al borde de la cama.

—A mí no me engaña, nanita —dijo la Chon trayéndote el agua—, a usté algo le pasa.

—Estás loca —te echaste a reír y sacaste del frasquito dos pastillas de valium.

—Tomá —añadiste entregándole el frasquito, para que te quedés tranquila.

—De todos modos la voy a encomendar con el Señor de Esquipulas, ¿oye?

—Gracias —te conmoviste—, tranquilizá a mamá y decile que mañana no me despierte, que quiero dormir veinticuatro horas.

La Chon se retiró cerrando la puerta detrás suyo y tú sacaste dos cassettes de tu necessaire, pusiste una en la grabadora, te quitaste el vestido y los zapatos y te metiste en la cama.

Qué rica mi camita de soltera. El paso más difícil ya está dado, te dijiste mientras empezabas a escuchar a la Juliette

Greco cantando "Les feuilles mortes." Dejé un mundo que no soporto más y estoy a punto de entrar a otro que desconozco. ¿Cómo será el mundo de Eduardo? ¿Podré adaptarme? ¿Me aceptará en su mundo? En realidad no será su mundo. Será un mundo fabricado por mí con Eduardo entrando y saliendo de él.

Te quedaste un rato pensativa con las manos detrás de la nuca, mirando al techo.

A veces es ternura lo que siento por él, una ternura repentina que me aprieta el corazón. Otras veces deseo, un deseo casi incontrolable de hacer el amor con él (lo hemos hecho tan poquitas veces), de abrazarlo con mis piernas, de sentirme acariciada por sus manos de dedos largos y sabios. Otras veces simplemente ganas de estar a su lado, de oírlo hablar y leer sus poemas, de escuchar música juntos.

Parece un caballero andante Eduardo, uno de esos caballeros de la Edad Media en busca del cáliz sagrado. Yo también busco algo pero es distinto. Mi búsqueda es egoísta. Me busco a mí misma. Empiezo a darme cuenta que me hago falta. Antes de conocer a Eduardo sólo sentía a veces un ligero malestar, pero jamás le di importancia, procuraba ahogarlo con vestidos, amigas, algún viaje. Diana me retaba, me decía que tendría que hacer más con mi vida. Fue entonces cuando empecé a pensar en la novela.

Debo tener bien claro que jamás seré lo más importante para él. Me tiene sin cuidado. Aunque sólo lo vea de vez en cuando.

El somnífero te empezaba a hacer efecto. Te diste vuelta hacia la derecha y pusiste la mano debajo de la almohada.

Dormir y dormir. Dormir y nunca despertarse. ¿Cómo será la muerte? ¿Habrá de veras un más allá como cree mamá? Eduardo tampoco lo descarta, pero piensa que este ahora es más importante por el momento. Que debemos actuar en este ahora. ¿Y el tiempo, qué es el tiempo? Para mí se divide en antes de Eduardo y después de Eduardo. El es el eje que dividió mi tiempo. Me gustaría ir con él a una ciudad llena de parques donde nadie nos conociera, llena de plazas y de puentes y ver pasar los barcos.

A París, por ejemplo. A París en otoño y ver caer las hojas muertas.

Soñé con un barco anoche, pero no recuerdo más. ¿Qué le diré a mamá? ¿Cómo plantearle mi decisión?

Poco a poco te fuiste quedando dormida. Después de unas horas despertaste sobresaltada. Todo estaba oscuro. Encendiste la luz y fuiste al baño. Eran las dos de la mañana. Volviste a la cama y bebiste el resto del agua en el vaso. Sobre el espaldar había una esperanza. Buena suerte, pensaste. Cuando eras niña siempre había un murciélago que se colgaba arriba, en la pared. Sentiste un escalofrío. La Dalila te decía que a lo mejor era un vampiro.

Apagaste la luz. La cortina de grillos afuera, apoyaba la orquesta de los otros ruidos de la noche. Según los chinos los grillos son los guardianes de la oscuridad. Si se callan quiere decir que alguien llega, que hay que ponerse de alerta.

Escuchaste también el crujir de la madera, ¿por qué será que sólo de noche crujen los muebles? Linda la palabra crujir, ella misma cruje.

La oscuridad era densa, tan densa que casi se podía tocar, casi se podía partir en dos. Era una presencia compacta que te rodeaba.

Escuchaste el tic tac de tu corazón y escuchaste también esa voz, esa voz que a veces te asaltaba en sueños. Te decía cosas incoherentes, que no acababas de entender.

Con los ojos abietos la escuchabas, escuchabas los ruidos, veías desfilar en las tinieblas los rostros de Eduardo, de Ernesto, de tu padre, los rostros de las monjas ursulinas allá en el convento de Nueva Orleans, oíste la voz de Ernesto lanzándote acusaciones, la voz de Eduardo instándote a que te fueras, a que tomaras unas vacaciones necesarias, "aquí todo se está poniendo cada vez más feo," la voz de tu padre: "a una mujer no hay que golpearla ni con el pétalo de una rosa." Te viste a ti misma en los brazos de Eduardo. Empezaron los rostros a mezclarse, los ruidos a mezclarse con las voces. Oíste al tacuazín paseándose por el techo. Recordaste tu miedo siglos atrás, cuando aún eras una niña y no habías perdido tu inocencia. "Yo digo que no es el tacuazín", la voz de

la Dalila, "debe ser un alma en pena que quiere que rece por ella."

Sonreíste con nostalgia y empezaste a rezar. No lo habías hecho desde hacía muchos años, desde que dejaste el convento de las ursulinas. Empezaste a rezar por todas las almas en pena de este mundo y del otro. Tu vida entera desfilando. Era difícil soportarlo. Empezaste a dar vueltas en la cama, los rostros de tus hijos, de tu madre, de Eduardo, el rostro del hombre desnudo en la carretera, la voz de Monseñor, el rostro de Polín, la voz de Monseñor más tangible que toda las imágenes.

Cerraste los ojos, los apretaste hasta que te dolieron, seguías viendo rostros, figuras y cuadros que te habían impresionado en el pasado. Viste el *Aquelarre* de Goya, a Cronos engullendo a su hijo, a los fusilados del tres de mayo, el rostro de desafío del que llevaban a fusilar.

Dejaron los grillos de cantar. Te sobresaltaron los gatos que hacían el amor en el tejado. Era insufrible el lamento de los gatos. ¿Por qué nos lamentamos al hacer el amor?

Antes de que clareara el gallo empezó a cantar. Cantó cinco, seis, siete veces. Los gallos cantan a deshoras en Los Planes. Lo habías olvidado. Todo es distinto en Los Planes. Distintos los ruidos, los olores, hasta el clima. Se oye más el viento aquí, anda más suelto, no está encajonado entre esos muros de cuatro metros de alto que te separan del pueblo.

Poco a poco, cuando ya iba amaneciendo y empezaba el alboroto de los pájaros, lograste al fin dormir de nuevo.

"Estas son las mañanitas
que cantaba el Rey David

—entraron doña Cata y la Chon al dormitorio—,

a las muchachas bonitas
se las cantamos aquí."

Abriste los ojos y te desperezaste.

—¿Qué hora es?

—Feliz cumpleaños, hijita —se acercó tu madre a besarte—, van a ser las doce.

—Qué barbaridad, qué manera de dormir. Son divinas ustedes,

—¿Quiere que le traiga aquí su desayuno? —preguntó la Chon.

—No, me gustaría desayunarme en el corredor. Dentro de media hora estaré lista.

Doña Cata y la Chon se alejaron y tú te sentastes al borde de la cama. Te fijaste que la esperanza había desaparecido. ¿Hacia dónde volaste bichito? Cuarenta y dos años, increíble.

"Despierta, mi bien despierta," empezaste a tatarear, "mira que ya amaneció, ya los pajaritos cantan, la luna ya se escondió."

Desde que era soltera nunca nadie me había vuelto a despertar así. Qué pereza ir al taller; ojalá encuentre otra notita. "Estaré ausente por un largo tiempo." Te necesito, Eduardo, te necesito ahora, en este preciso momento. Va a sufrir mamá con mi separación. Quiere a Ernesto, él en cambio, desde que ella empezó con las comunidades cristianas, ya no la traga mucho.

Otra vez la misma pesadilla: Yo parada en medio de unos rieles de ferrocarril y de repente oigo venir el tren. Oigo el ruido que se acerca y crece y quiero salir corriendo y no puedo levantar los pies que están pegados a la tierra. De repente, en una curva la máquina negra que echa humo y se acerca amenazante con el foco prendido y yo hago lo posible por salir corriendo pero no puedo levantar los pies y empiezo a gritar y la máquina se acerca echando humo y con el foco prendido.

Es la tercera vez que tengo esta pesadilla, exactamente el mismo sueño. Algo querrá decir.

Sentía la boca pastosa, metiste los pies en las chinelas y te fuiste a duchar. Debajo de la ducha continuaste cantando: "El día que tú naciste, nacieron todas las flores y en la pila del bautizo cantaron los ruiseñores."

Apareciste por fin en el patio en tus blue jeans y una blusa de algodón a rayas rojas y blancas.

—Qué lindo está tu jardín, mamá, me gusta mucho más que el mío.

—¿Cómo vas a creer? El tuyo es como un parque.

—Por eso precisamente me gusta más este. Es pequeñito y las plantas están más juntas, se ven como más felices.

Se sentaron en los sillones de madera pintados de azul.

—He descubierto que les hace mucho bien oír música —dijo doña Cata—, música clásica sobre todo.

—Ya lo había oído decir —sonreíste—, qué raro, ¿verdad?

—Te tengo una sorpresa —dijo doña Cata levantándose.

—La vieja gata gris te saltó al regazo.

—Espero que no hayas sido vos la que hizo tanto alboroto esta madrugada —le rascaste el cuello.

—Ojalá te guste —dijo doña Cata volviendo de su dormitorio.

—El cristo que te regaló papá —exclamaste tomando entre tus manos la cruz bizantina incrustada de pequeñísimos mosaicos blancos, dorados y azules, con el cristo en medio.

—Es maravilloso, mamá, pero no debieras.

—Cómo que no. Siempre te ha gustado y quiero que lo tengas cerca.

—Eres un amor —te levantaste a darle un beso—, papá lo compró en España, ¿verdad?

—Sí. En un anticuario de Madrid. Aquí tienes la carta de Dianita.

—Gracias de nuevo, mamá. Siempre lo tendré junto a mí.

Volviste a tu silla y empezaste a leer en silencio.

—Qué bueno que esté gozando tanto. Ya debiera estar en París. Se ve que se ha enamorado de Italia.

—Es una artista la Dianita —dijo doña Cata—, sabe mirar cosas que para otros pasan desapercibidas.

—Es cierto, parece distraída, jamás pudo aprender dónde quedaban el norte y el sur, pero tienes razón, ve cosas que otros no vemos. Ojalá siga con la pintura. Ayer hablé con Neto por teléfono —agregaste doblando la carta—, es lindo mi hijo también, estuvo cariñosísimo conmigo, ojalá este ambiente no lo arruine.

—Hijita —dijo doña Cata después de un rato—, anoche llamó Ernesto.

—Ah, sí, ¿qué te dijo? —seguiste acariciando a la gata que había vuelto a saltar a tu regazo.

—Me lo contó todo. Dice que no sabe qué le pasó y que mil veces te pide perdón.

—Demasiado tarde.

—Pero hijita.

En esos momentos se apareció la Chon con una bandeja adornada con flores de la veranera morada. Traía un enorme jugo de naranja, tostadas con mantequilla, huevos tibios, jalea de guayaba y un café humeante.

—Mil gracias, Chon. No te has olvidado de mis gustos.

—Usted siempre está presente en esta casa —dijo la vieja—, ¿verdad doña Cata?

—Así es —dijo tu madre y la Chon volvió a alejarse sin hacer ruido.

—Pobre hombre —continuó doña Cata—, con ese anónimo y después la llamada tendría que ser de piedra para no haber reaccionado. ¿Le dijiste lo del tipo que te llamó para decirte obscenidades?

—No.

—Pues debías haberlo hecho, eso lo hubiera suavizado todo.

—Ernesto te quiere, hijita, está desesperado. Dijo que te vendría a buscar cuando quisieras, que te tenía una sorpresa.

—Otra joya valiosísima, sin duda.

—No, no es eso, no debiera decírtelo, pero dadas las circunstancias, bueno. Es un viaje a Europa. Me sugirió que te acompañara, ¿te imaginas?

—Lo siento, mamá, pero Ernesto no volverá a comprarme. Voy a separarme de él.

—¿Cómo?

—Tal como lo estás oyendo.

—Ya sé que debe ser humillante recibir una bofetada, pero ¿separarte por eso?

—Por eso y por muchas cosas más. La bofetada estuvo bien. Acabó de despertarme.

—¿Y tus hijos? ¿Has pensado en ellos?

—Ya me las arreglaré para explicarles.

Terminaste de comer en silencio.

—Anoche volví a tener la misma pesadilla —dijiste poniendo la taza vacía y la servilleta sobre la bandeja.

—¿Cuál?

—Aquella del tren, ¿te acuerdas?, que viene la máquina con el foco encendido y yo quiero salir corriendo y no puedo.

—Sí, ya recuerdo. Es extraño.

En ese momento tocaron a la puerta y tu madre se levantó a abrir.

Era de la floristería. Un enorme ramo de rosas rojas de parte de Ernesto para ti.

—Mira qué maravilla —dijo doña Cata—, pobre hombre, se ve que está arrepentido.

Apenas las volteaste a ver.

Doña Cata desapareció en la cocina para colocarlas en un florero y tú te levantaste a buscar La Prensa.

Volviste a tu silla leyendo los titulares. Empezaste a voltear las páginas cada vez más de prisa.

—Qué porquería de periódico, susurraste y lo pusiste doblado sobre la mesa.

Doña Cata volvió con el florero de rosas rojas.

—¿Dónde lo quieres? —dijo.

—Donde a ti te parezca.

—Por el momento lo pondremos allí, sobre la librera.

—No te aflijas por mí, mamá —dijiste, he estado madurando esta decisión.

—Creí que eras feliz —dijo doña Cata retomando su asiento.

—Sí, yo también lo creía, pero ahora sé que nunca fue así.

—¿Por qué no consultas con Monseñor?

—No, mamá. Es sólo conmigo que debo consultar y ya lo he hecho. No estoy dispuesta a aguantar a Ernesto un minuto más. Piensa que con su dinero se puede comprar todo, que todo tiene un precio, pero conmigo se equivoca. He llegado al tope.

Van a ser las dos —exclamaste mirando tu reloj pulsera—, y me toca taller.

—¿Vas a ir? —se asombró tu madre.

—Por supuesto. Es mi única distracción.

Fuiste a tu cuarto, terminaste de poner en orden tus cosas, guardaste cuidadosamente los dos cuadernos debajo de tu ropa interior, revisaste tus notas y saliste con tu bolso de cuero al hombro y sin pintarte siquiera los labios.

—¿No te vas a cambiar? —dijo doña Cata que estaba regando sus begonias.

—No, son bien cómodos estos jeans, estaré aquí a eso de las cinco para celebrar con el cake de la Chon. Me gustaría que invitaras a la Maruca.

—¿Qué le digo a Ernesto si llama?

—Que hoy no quiero verlo. Ya lo llamaré yo mañana —dijiste sacando las gafas oscuras de tu bolso y te dirigiste con paso rápido al garage.

Otro día espléndido, pensaste, mientras te alejabas de la

casa de tu madre. Debí haber tomado esta decisión mucho antes. Increíble cómo me siento de liviana. Ojalá encuentre otra notita suya. No más jugar a las escondidas, Eduardo, qué ganas de hablar contigo, de contártelo todo. "Te quiero, gatita, apesar mío me estoy enamorando de vos." No seré carga para ti, te lo prometo. Respetaré tu vida.

Respiraste hondo. Qué rico era sentir el viento en tus cabellos, en tu rostro.

Cuando llegaste al enorme anuncio de la Cervecería La Constancia mecánicamente viraste hacia la derecha. Rata es lo que soy y no gatita. Una rata gris bien amaestrada. Una rata de laboratorio a la que han venido empujando en el laberinto desde que nació y sólo chilla cuando le pisan la cola. Derechito ahora, derechito por aquí, luego doblás a la izquierda y parqueás tu auto en el lugar de siempre.

Se les desvió la ratita, por primera vez se les desvió.

La clase te resultó insulsa. De nuevo no estaba Margarita. ¿Quién será esa muchacha? Seguramente sabe mucho más de él que yo. Lo debe acompañar en cosas que yo ni siquiera sospecho.

—En toda la literatura universal —dijo don Tino—, hay sólo treinta y seis situaciones dramáticas que se pueden explotar.

Y yo claro, me ceñí a la mía, a la más fácil, a esta que estoy viviendo por que soy incapaz de imaginar.

¿Qué interés puede tener la historia de una señora burguesa casada con un oligarca que de pronto despierta a la realidad porque se enamora de alguien que no es de su clase? Un Romeo y Julieta salvadoreños con Julieta ya bastante pasadita. Según Eduardo no es el *qué* sino el *cómo* lo que cuenta en literatura. Por banal que sea el tema si sabes cómo tratarlo puede llegar a ser una obra de arte. Eduardo, Eduardo, ¿cuándo vas a volver? Esta misma tarde iré al apartamento y te dejaré bajo la puerta el teléfono de mamá. No, no lo haré, puede ser peligroso. ¡Qué idiota soy! Es necesario que sepa que lo tienen fichado. Tan ocupada estaba con mi pobrecita yo que ni siquiera se me había ocurrido. Le dejaré una notita esta misma tarde.

Volteaste la página en tu cuaderno y escribiste: "Te tienen fichado. Estoy donde mamá. Tu gata."

—¿Cómo va esa novela? —te preguntó don Tino cuando ibas saliendo de clase.

—Bien. Pronto tendré otro capítulo.

—Cuide más la descripción. Es demasiado telegráfica.

—Lo tendré en cuenta —dijiste—, gracias, don Tino, hasta el lunes.

Saliste de clase casi corriendo.

No tomaré taxi esta vez. Dejaré el MG a la vuelta del apartamento. Total, será un minuto.

Cuando habías caminado apena media cuadra tuviste la sensación de que alguien te seguía y sentiste miedo. Tenías deseos de mirar hacia atrás pero no te atreviste.

Mañana mismo le hablaré a Ernesto para decirle que es inútil que me ruegue. Qué fácil me ha sido dejarlo, dejar el mundo podrido. Me casé con él por arribista. Te quiero, Eduardo, te quiero. Qué lindo sería encontrarte en el apartamento. Mi mejor regalo de cumpleaños. Dejaría a mamá y a la Chon y a la Maruca colgadas y en vez de comer cake beberíamos mezcal y me quedaría a dormir contigo hasta mañana y hasta pasado mañana y hasta que tú quisieras. Despertaríamos juntos, ¿te das cuenta? Te miraría oiría rasurarte, saldríamos juntos a comprar el pan, desayunaríamos juntos. Calma, calma, Lorena, no pidas tanto. Con un papelito me conformaría. Una pequeña nota que dijera: Te quiero, gatita.

Enfocaste sobre el limpiaparabrisas mientras te acercabas al coche desde atrás y bajaste a la calle para abrir la puerta del chofer.

Tus ilusiones se te hicieron añicos mientras te deslizabas detrás del volante. No había ningún papel.

Fue hasta entonces que te diste cuenta del bulto que reposaba sobre el otro asiento envuelto en un periódico.

Qué raro, ¿quién habrá dejado esto aquí?

Pusiste tu cartera en la otra mitad de tu asiento, quitaste

el papel del bulto y diste un grito.

La cabeza de Eduardo, con los cabellos revueltos y el rostro lívido te miraba con ojos desorbitados.

FIN

Este libro se terminó de imprimir
en julio de 1986
en los Talleres Gráficos UCA,
Universidad Centroamericana
José Simeón Cañas.
San Salvador, El Salvador.
La edición consta de 1.500 ejemplares

Claribel Alegría nació en Nicaragua en 1924 pero desde muy pequeña se trasladó a El Salvador. Pasó su infancia y adolescencia en Santa Ana. A fines de los años 40 salió del país y ha vivido en España y últimamente en Nicaragua.

Entre su obra poética sobresale **Huesped de mi tiempo**, publicada en Buenos Aires en 1961. También ha escrito novela: **Cenizas de Izalco**, publicada en Barcelona en 1966; **Sobrevino**, premio Casa de las Américas, La Habana, Cuba, 1978; y **Album familiar** publicada en San José Costa Rica, en 1982. En ensayo tiene **La encrucijada salvadoreña,** publicado en 1981.

Claribel Alegría siempre ha estado pendiente del acontecer de El Salvador y ha expuesto sus puntos de vista en muchos congresos y simposios tanto de escritores como de analistas sociales y políticos. Le ha llamado la atención la dinámica y la pujanza del acontecer salvadoreño, rasgos que fundamentan su profunda esperanza en que la sociedad salvadoreña llegue algún día a ser mas justa y humana.

Despierta mi bien despierta se enmarca dentro del acontecer último de la historia de El Salvador. Múltiples fuerzas sociales, intereses y subjetividades van conformando modos propios de vivir el conflicto. **Despierta mi bien despierta** narra el idilio de un militante de una organización de izquierda con una mujer de la alta burguesía salvadoreña. Las vicisitudes por las que pasa esa relacion amorosa sólo se explican en una sociedad altamente polarizada como la salvadoreña actual.

